

Altagracia



Rafaela Asunción

**Colección
Orquídea Salvaje**

Altagracia

Altagracia

Rafaela Asunción

Colección Orquídea Salvaje

Publicado en Estados Unidos

Copyright © 2019, Rafaela Asunción

Copyright © 2019, Diseño de cubierta: Orquídea Salvaje.

Copyright © 2019, De esta primera Edición: noviembre 2019

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o retransmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción, como toda novela romántica. Los personajes son creados por la autora y solo tiene intenciones de agradar.

All rights reserved

Printed in the United States

ISBN: 9781707188321

Dedicatoria

A los que saben amar con ternura, y a los que se dejan amar sin tropiezos.

Agradecimientos

Agradezco a mis Musas, siempre con una amable atención para dedicarme tiempo.

A las novelas de romance que leí cuando adolescente.

Altagracia

I

Altagracia Gertrudis miraba afuera, al jardín, y vio al primo Julián, sentado a horcajadas sobre el madero que su abuelo les contara que tenía más de cien años de cortado y quién sabe cuántos con raíces, antes de que él, juntando unos reales, comprara la parcela para casarse con la abuela y luego la finca y se instalara como una hacienda pudiente que llamó «Los Horcones», una hacienda próspera de café y otros cultivos. Ella lo miró como hombre, apartando parentesco o quizá ni siquiera pensara en que eran parientes, primos segundos, por parte de su madre, sino en el hombre.

—Altagracia.

Se querían mucho, bueno, al menos eso le decía él en sus horas de paseo y a ella le fascinaba el vozarrón pegado a sus oídos. Y un día descubrió que estando junto a él hubiera deseado tocarlo y que la tocara completa, hasta sus partes íntimas. Fue cuando supo, con certeza, que estaba gustándole como hombre, no como familia.

—Altagracia.

«Los primos se exprimen», decía Idalmis Gotardo, la vecina y compañera de escuela. Lo de exprimirse fue una palabra que le bailaba en los sentidos hasta que un día, sobre la silla de montar su caballo en la hacienda Los Horcones, iba de caída y él la sostuvo por la cintura y la fue resbalando por su cuerpo musculoso y lo fue sintiendo en ella y pensó que no era normal aquello. Se le exprimió el corazón y caminaron callados los dos sin que ninguno se mirara, como avergonzados por el contacto. Luego supo que lo deseaba tanto qué haría cualquier disparate por tal de tenerlo pegado a su cuerpo. Lo soñó desnudo, todas las noches.

—Altagracia, hija.

Aunque a ella no le gustaban los hombres rudos y mal hablado, por la noche lo pensaba diciéndole groserías al oído, y que juntaban sus bocas y la saliva de Julián tenía un regusto a hierro viejo, como el grifo donde bebía su abuelo el agua de las lluvias recogida en un tanque, poniendo su boca directamente, y ella probó un día. Era el regusto al óxido de hierro. Quizá había quedado gravado en su mente infantil y lo repetía en los sueños eróticos, o era el castigo por desear lo censurado por las tradiciones. No le gustaba tampoco su manera de pensar, tan lejos de la realidad, pero era su manera y respetaría esas diferencias.

—Altagracia Gertrudis ¿estás sorda o qué?

—Qué, abuela.

—Llevo una hora hablando y tú por allá por vuelta de las quimbambas.

—Abuela ¿dónde quedan las quimbambas?

Él era demasiado para ella. Un hombre de veinticinco y ella con quince. Ella bajita y él alto, no tanto como para integrar el equipo de baloncesto de la escuela, pero mucho más que ella. Era demasiada la diferencia. «Pero a la hora de la cosa emparejan, chica», decía su mejor amiga, Idalmis.

Idalmis andaba en los diecisiete. Fuerte y con un cuerpazo de mujer adulta, como si estuviera casada y con hijos. Todos los varones le decían «la machorra», sin embargo, era dulce en la intimidad de sus amistades y nunca manifestó, ni con un gesto, que fuera lesbiana o invertida, como le decían en el pueblo de San Lucas de los Bajos, aunque ella se imaginaba algo, porque hablaba mucho de los ojos dulces de una de sus amigas, Graciela Aurora. Esas habladurías de los

varones molestaban a las otras muchachas y sobre todo a Altagracia. Era su mejor amiga.

—¿Me prestas atención o no te hablo más?

—Dime abuela.

—No escuchaste ni jota de cuanto dije de las quimbambas. Mejor sal y dile a tu primo que vamos a almorzar. Anda ve.

Julián era demasiado para ella. Se le acercó y se colocó detrás, detrás del hombre de sus sueños eróticos nocturnos. Y con la mano en la cabeza comparó las estaturas y le daba más bajo del hombro, por sus tetillas. Por sus tetillas, si lo hubiera medido de frente. Y en eso pensaba, en sus tetillas hinchadas que le viera sin camisa en la mañana cuando se aseaba en el baño. Pensó en el baño y se propuso verlo desnudo. Pero antes lo consultaría con su amiga Idalmis, la que todo lo sabía.

¿Estaba dispuesta a todo? A sorprenderlo o acabar para siempre con el tormento de su pasión por el primo.

—¿Te quedarás esta noche?

—¿Tú quieres? —respondió él.

Ella no tenía la respuesta adecuada. Era demasiado insinuarse a la cara, sin tapujos. Debía mantener su posición de hembra costara lo que costara. Además, le había advertido su amiga Idalmis: «a los hombres les gustan las difíciles».

—Papá no tardará en llegar del pueblo. Si quieres te regresas con él.

—¿Él regresa hoy?

—Sí, mi madrastra está viendo al médico, por su bebé, tiene ocho meses y algo. La trae y se va.

—Ah, bueno. Regreso con él.

Ya ella estaba preparada para toda contingencia: «cuando notes que no te mira, míralo; cuando te mire, aparta la vista. Eso los vuelve locos». Decía Idalmis.

—¿Es cierto que tienes novia?

—¿Quién dijo eso?

—Los pajaritos.

—Como no sea el pajarito de Juanito, no hay otro que cante como una paloma.

—No seas bruto. Es un decir. Entonces, no tienes novia.

—No. Bueno, una ahí, que se me pega y tengo que demostrarle que soy hombre.

Siempre ella escuchó en su mundo entre hembras que los hombres tenían que cumplir ciertas reglas de hombría. Pero sería Idalmis, siempre la misma Idalmis, amiga ejemplar y consejera, quien le dijo lo contrario: «cuando se enamoran se arrastran, aran la tierra, te besan el ...». Ella, ni en el pensamiento dijo la mala palabra.

—Y ¿por qué la miras como si te gustara?

—Para dejarla actuar. Los hombres tenemos que resolver ciertas cosas, antes de casarnos. Si quieres te explico.

Altagracia sintió que se le helaban las manos. Pensar en el matrimonio era pensar en la Luna de Miel y en lo que harían en la cama, eso también era información clasificada de su amiga predilecta.

Desde que era una niña, ella sentía cierto placer al tocarse algunas partes del cuerpo. Luego le dijeron que estaba prohibido, que era cosa de Satanás el toqueteo y la autosatisfacción. Pero estaba allí, cada día de su vida, en la cama o en el baño, desnuda y en ropas, cuando sentía los mismos deseos y le llegaba la advertencia del castigo. Ya de quince años, tuvo la curiosidad y se sintió en las nubes, un placer indecible. Nunca lo comentaría con nadie, ni siquiera con su mejor

amiga. Era un pecado inconfesable y ni siquiera Dios sabría de tal conducta lasciva y placentera porque siempre lo haría oculta entre las sábanas, con sus dedos diestros, o con el chorro de agua de la ducha o cuando montara bicicleta. Dios no se enteraría del pecado.

Los jóvenes que ya la rondaban decían que ella se casaría con un rico. Que ella no miraba a nadie porque su mente estaba en un hombre pudiente, podrido en plata, que la llevaría a vivir a La Habana y con una casa grande y muchos hijos. Ella solo tenía ojos para Julián. Si era cuestión de ser rico él estaba rico, pero de otra cosa. Eso tampoco era para confesarlo a nadie.

Jamás salió con ningún chico en el pueblo donde en realidad vivía. Ni al cine ni a las fiestas de quince. No bailaba con ninguno excepto cuando organizaban el baile de quince porque le tocaría cualquiera, al azar, y ella estaba segura de que no la enamoraría.

—Oye Altica, sale con uno y déjate dar un beso, para que te cures del mal.

—¿Cuál mal?

—El de santica.

—¿Santica?

—Que te arrasquen donde te pica.

Todas reían su inocencia y ella sabía que no era inocente del todo. Era virgen hasta de un beso, pero no inocente. Sabía de los hombres, por su amiga.

Por el primo Julián ya estaba conociendo el amor y el deseo carnal. En los sueños ella no era virgen, y gozaba de forma increíble, aunque los besos de Julián, sin saber por qué, le sabían a hierro viejo, humedecido con agua de lluvia. Y otras veces, besaba a otro, desconocido, y entonces el beso era agrio y ácido a la vez. Un desastre.

—Altica, siempre estás en tu mundo de atrasos. Alejada de la realidad. Despierta, hija. Te vas a quedar pa' tía.

—No me importa —contestaba Altagracia.

Sí le importaba, y mucho. No pensaba más que en los días felices que volvieran a la finca y estar con él, con su hombre. Ese sería el momento de verlo desnudo. Se atrevería, hasta el fondo. Primero lo consultó con su amiga Idalmis:

—¿Qué crees? ¿Lo hago?

—Ay, hija, si yo fuera como tú me lo hubiera comido entero. Un hombre, como debes buscarte ¿te imaginas? No un niño bonito de mamá con cara de ver revistas de mujeres en cueros. Esos señoritos de mamá que vemos en la escuela. Un hombre que orine dulce es lo máximo, no que viva toqueteándose.

Ella memorizaba cada palabra de los consejos de Idalmis. Cuando llegara el momento, lo haría tal le dijera. A fondo, sin tener miedo. «a los hombres machos varones masculinos no se les tiene miedo, decía su amiga, lo que ellos quieren de ti, tú lo quieres de ellos. Bueno, tú me entiendes».

Un día se atrevió. Lo vio desnudo y fue lo mejor que pudo ver en la vida. La hermosura del desnudo del hombre era superior a todas las cosas que le daba la vida. ¿sentiría él lo mismo si la miraba a ella, mientras se bañaba?

Se lo preguntó a la prima Mercedes, ya casada, sin dar más vueltas.

—¿Ustedes se miran, prima?

—¿De qué se trata hoy?

—Si se miran desnudos, tú y él.

—Claro, hija. Es normal. ¿qué hay con eso?

- Nada. Te pregunto ¿qué sientes cuando te miran desnuda?
—Es rico. Lo es si quien te mira sabe mirar y es el que te gusta ¿entiendes?
—Entiendo.

En la hacienda la sermoneaban y cada cual se creía con derecho a manejar su vida, su forma de decir y de hacer las cosas cotidianas. Opinaban del vestir y los peinados, de esto y de aquello.

—¿Por qué no miras lejos, estudias primero y te casas luego con un hombre rico? —le decía su prima Mercedes, que había notado, sin certeza, que a la muchacha le gustaba el primo Julián.

—Rico está el primo —decía Altagracia y ambas reían.

—¿Lo viste?

—Sí, por eso digo.

—Es nuestro pariente, chica. Haz como yo. Aguanta hasta que te llegue la hora. No busques por gusto, ya vendrá el que te cuadre.

—¿Te cuadra el tuyo?

—Claro ¿Por qué?

—¿Eres feliz con tu marido, prima?

—Bueno sí ¿por qué tantas preguntas?

—Por nada. ¿Te complace en la cama?

—¡Altica! Eso no se dice, ni a una madre se le cuenta las intimidades. Si te oye abuela Gertrudis te pela al moñito.

—Dime la verdad.

La prima Mercedes aflojaba.

—No tanto. Pero no importa. Las mujeres somos distintas a ellos. Fuimos creadas para criar hijos, atenderlos a ellos y sacrificarnos por la familia ¿no te educaron así?

—¿Sientes ganas y él ni te mira?

—¡Por favor, muchacha! ¿De dónde carajo sacas esas cosas absurdas?

—Dime.

—No me casé pensando en esas cosas malditas de la cama. Él trabaja y tiene buen salario. Hacemos una familia y eso me basta. Lo otro es cosa del Diablo, que amenaza a la pareja con lujurias y por eso el hombre se cansa rápido de ti, por hacerlo todos los días.

—¿Ustedes no lo hacen todos los días, mi prima?

—Mira, mejor me voy, que ya me suben las ganas de mandarte pa'l cipote.

—¿Por qué?

—Eres muy preguntona, Altica. Saliste al abuelo Sebastián Gonzaga.

Altagracia arremetía con todo:

—¿Es rico eso, prima Mercedes?

La prima no pudo resistir más el asedio prolongado. Bajó la guardia y confesó todo. Además, las preguntas de Altagracia, lejos de herirla, eran como una ayuda espiritual que bien necesitaba, un bálsamo que le sacaba afuera los malos pensamientos.

Supo Altagracia, por boca de la prima, cómo comportarse y cómo ponerse cuando se llevaba a cabo el ataque del macho. Aquella imagen no se le olvidaría. Y la prima, luego del encuentro, no quiso acercársele y hablar con ella si no había otra persona de la familia junto a ellas.

La frase: «somos muy felices», la dijo una vez y nunca más volvió a repetirla mientras estuviera presente Altagracia. Luego de que confesara que su marido era un pazguato y la tenía

flaca y se enfriaba dentro de ella y la dejaba abandonada a mitad del camino del placer; él cansado y ella con deseos de seguir y con fuertes dolores de cabeza. A partir de entonces, no pudo mencionar la palabra felicidad delante de Altagracia.

III

Desiderio Ramón Martínez de los Campos era un hombre sumamente atractivo. Alto, delgado, blanco, pelo ensortijado muy negro y ojos miel. Se apareció en la hacienda con un grupo de amigos con la intención de cazar gallinas de Guinea, de las alzadas en el monte cercano a la hacienda Los Horcones.

Él era médico y soltero, de fresca graduación y residente en el hospital de los americanos del central azucarero próximo al pueblo de San Lucas de los Bajos. De guapo y esbelto lo lisonjeaban las enfermeras y las oficinistas y hasta las esposas de sus colegas, en donde comenzó a trabajar como ginecólogo y obstetra, y cuando se acercaba al grupo decían entre ellas «ahí viene mi colirio».

Desiderio llegó y deslumbró a las mujeres de la hacienda, las dos cocineras, y la sirvienta, hasta la abuela Gertrudis quedaría prendada de su belleza varonil. Desiderio había hecho amistad con el padre de Altagracia, don Pascual, mientras su esposa Agustina Quesada, su segunda esposa luego que enviudara de la madre de Altagracia, asistía a las consultas para seguir su embarazo.

Él tendría unos veintiocho años bien montados sobre un cuerpo atlético. Llamaba la atención no solo por el porte, sino que era educado y hablaba con dulzura insospechada en un varón como él, recio y hercúleo. Si lo desnudaran, saldría la copia viva del David de Miguel Ángel.

Hicieron los preparativos de caza. Cuatro hombres vestidos con el camuflaje de guerra y armados de escopetas de dos cañones con cartucho de 16 y 12 mm. Desiderio vestía como ningún otro, pulcro y estirado. Limpio iba y venía. Una vez su amigo le dijo que era muy capaz de entrar a un chiquero de puercos y salir como si nada, tan limpio como entrara. Era único.

La imagen parecía de contienda bélica. Presentarían batalla a las aves de los montes cercanos, sobre todo a las palomas torcazas y las pintadas o gallinas de Guinea. La abuela pensó que no quedaría una sola gallina de Guinea alzada en las montañas. El abuelo Sebastián andaba por las tierras de cultivar las verduras y no vio salir aquella tropa de matones indiscriminados dispuestos a todo.

Se escucharon, al rato, los disparos de la batalla, encerrados entre montañas

—Andan cerca —dijo la abuela Gertrudis.

Pasó solo una hora y ya regresaban los cazadores con sus perchas llenas de pintadas, algunas pataleando, vivas, con sus ojos de asombro. Y asombro le produciría al viejo Sebastián cuando llegara desde la huerta, finalizados sus ajetreos, unos minutos después que los cazadores. El médico, todo sonrisa y júbilo le dijo:

—Mire mi viejo, qué tremenda cacería hicimos. Y no tuvimos que caminar mucho, allí mismo en el palmar, donde hay una siembra de boniatos, las cogimos facilito.

—Claro —dijo el viejo— son las gallinas mansas del patio. Me hubieran pedido maíz y se ahorran los cartuchos.

Hubo, de todas formas, regocijo. Había tantos y variados animales en la finca que una masacre como aquella no le afectaba.

Se mandó a cocinar unas cuantas aves y se fueron muy tarde de la hacienda. El aroma de hombre de don Desiderio Ramón quedó en la mente de las mujeres y apenas llegara del pueblo, el fin de semana, Altagracia, le contaron los pormenores, sobre todo la negra Filotea, vieja

embaucadora y busca rencillas, cocinera desde los tiempos en que Pascual era un mozalbete.

—Mija Altica, un hombre así no se encuentra en cualquier parte. ¡*Contimá* doctor y con plata!

Altagracia no le daba importancia a las grandes dotes del doctor, aunque no dejara de mirarlo, a la distancia. Estaba pensando en su Julián. Nada la sacaba de aquella figura de hombre apetecido. Claro, no había conocido aun a Desiderio Ramón Martínez de los Campos, un portento de hombre, un competidor letal.

Julián había salido con varias muchachas del pueblo. Solo el interés de tenerlas, de acumular cantidad, de que dijeran que él sí era macho, lo mantenía en la caza de nuevas piezas con faldas. Hasta en otro cercano pueblo tenía amoríos, pero no había sentido esa ilusión por una mujer como la que tenía por la prima Altagracia. Anhelaba experimentar con ella otras sensaciones, pues de solo rozarla se hallaba feliz y con deseos de saltarle arriba.

Por supuesto, seguía pensando que era su prima, una adolescente, un ave emplumando, inexperta en amores, y no estaba dispuesto a casarse con ella si los sorprendían en esos amoríos. El matrimonio era otra ilusión en la que no pensaba mucho Julián Pascual Gonzaga.

Pero, en el fondo, no quería renunciar al amor de la prima Altagracia, a sus labios rosados, su piel de seda, su aroma de ninfa y sus tetas enormes. Este último detalle se lo tenía muy en cuenta porque era su fetiche principal, su gusto sobre las hembras. Hasta ese momento, no se tenía planteado como un compromiso formal el matrimonio. Lucharía por tenerla en sus brazos sin traspasar el peligro, como dijeran los muchachos de la escuela: «ordeña la vaca detrás de la cerca», y otro le recordaba la frase: «chilindrón de chivo sabe mejor, si el chivo es *robao*».

Ese domingo había fiesta en la hacienda y fueron muchos los invitados. Entre los principales que llegaron, con regalos y flores, estaba el médico de la familia, el cazador de gallinas mansas, Desiderio Ramón.

La amabilidad se notaba en cada habitante de la hacienda, los esfuerzos por satisfacer a los invitados, y la agilidad para complacer sus antojos. También se notaba la opulencia en toda la mansión, que, siendo de campo, era hermosa y grande, con muebles de buena madera, olores agradables, cuartos ventilados, servicio exquisito de la servidumbre que vestía aseada y correcta. Los licores, los vinos, los bocadillos, todo era perfecto. Se veía en cada cosa la mano experta y delicada de doña Gertrudis, de gusto refinado y con la disposición de ofrecer lo mejor.

Altagracia Gertrudis estaba contenta y se inventó un paseo a caballo. Pensaba cómo escapar de la multitud y verse con su obsesión.

Fue su abuela Gertrudis quien sugirió que montar a caballo, acompañada del doctor, resultaría un paseo agradable. Ella en realidad estaba con la mente en el primo Julián, pero no pudo negarse a la propuesta de la abuela. Pensaba Altagracia que cualquier gesto suyo echaría a perder lo que con tanto ardor ansiaba, al primo vedado, a Julián de los sueños lujuriosos. «Él, pensó ella, con esa inteligencia y bondades, comprenderá mi situación».

—Acompáñela doctor —pidió la abuela— ¿usted sabe montar?

—No mucho.

—Pruebe. Salga con mi nieta que ella le mostrará montón de cosas lindas de la finca. Ella se sabe cada rincón, de cada pájaro que vuela aquí le imita el trino y de cada palo pronuncia su nombre. Vaya y pregúntele, ande usted.

Él estaba sorprendido y atento. Le gustó la idea de acompañar a la princesa de la mansión señorial. La encontraba atractiva, aunque demasiado infantil. Montaron sus caballos y cabalgaron

subiendo lomas por un trillo de mulos por donde bajaban el café en sus lomos en los tiempos de cosecha. El sol estaba tapado por nubes grises y con figuras de pedregales. Ella vio la amenaza de aguacero y lo dijo.

—Lloverá.

—No importa —respondió él.

—Importa. No tendremos a dónde refugiarnos y si trueno es asunto feo. Acá los truenos son peligrosos. Perdí una tía con estas tronaderas de montaña.

—No importa —volvió él—. Me gustaría cabalgar bajo un aguacero. ¿No has experimentado ese placer?

Ella lo miró y vio poesía en su frase. Fue la primera vez que lo miró con ganas de descubrir la belleza de que era famoso entre las sirvientas, de lo comentado por su abuela y de lo que ella querría ver en él. Lo miró varias veces, apartando la vista si él la miraba, como le enseñara Idalmis. Le gustaron sus ojos vivaces, los labios carnosos, hasta la ceja fina como si las preparara para gustar. Estaba vestido con un traje azul, de buen corte, camisa blanca y corbata de pequeñas florecillas; sus zapatos brillaban y le daban el aspecto de un artista de cine.

El agua comenzó a caer suave y fue apretando. Picaba en la cara como agujas. Él propuso descabalar y meterse debajo de un enorme anoncillo. Ella accedió, aunque no le gustaba la idea, pues estar a la intemperie bajo un árbol que atrajera el rayo sería lo peor. Estaban empapados. La figura de Altagracia se dibujaba como un cuerpo perfecto y los rosados pezones brotaron y ella ni se había percatado. Hablaba y hablaba mientras le corría el agua por su rostro, y el pelo, antes recogido en moño, lo soltó y le caía como cascada sobre el cuerpo casi transparentando sus pechos grandes y nuevos.

Desiderio permanecía callado y observaba cada detalle, como si fuera a dibujarla en un lienzo. O lo hacía para recordarla en ese estado natural de diosa salida de un lago encantado.

—¿No hablas? —lo tuteó ella

—Prefiero escucharla, señorita Altica.

—Dime Altagracia, es mejor.

—Bien, Altagracia.

Notó que sonaba bonito el nombre de Altagracia en su boca jugosa, varonil. Sonaba de mujer grande, como pretendía serlo, y lo de Altica achicaba; no su cuerpo, ya tenía bastante con lo que creía muy bajo para la edad, sino achicaba sus dotes de mujer entera que ya brotaba en el temperamento y sus fatigas y sus deseos. Si era ya cumplida, nadie debía llamarla achicando su nombre: Altica. Y, además, lo tutearía, para que se viera obligado a decirle como se dice en castellano, en criollo, decirle Altagracia, decirle mujer y decirle tú. Le pasó por la mente pedirle que lo repitiera, pero, sería una demostración falsa de su personalidad, que ni por asomo sería petulante. Presumir le iba, nunca narcisista.

Ella no supo qué otra cosa expresar y sintió el mismo corrientazo que con Julián. Fue cuando se percató que estaba siendo observada atentamente por aquel hombre robusto, y que su mirada atrevida no se apartaba un instante de su cuerpo mojado. Sin mirarse, sospechó lo peor. Estaba como desnuda ante él, por culpa de aquel vestido blanco de gasas que se ponía en los calores del verano. Se llevó las manos al pecho, protegiéndose de las miradas de balas que deseaban penetrarla, traspasarle la tela; tal vez, pensó, deseaba. ¿Sería posible? Había olvidado a su Julián. ¿Qué pensaría de ella su Julián?

En la hacienda, Julián andaba como león enjaulado de un lugar a otro, inquieto y adolorido por su actitud cobarde ¿Por qué permitió que ella se fuera a cabalgar con aquel extraño? Bueno, impedirlo solo fuera posible si exponía un motivo cuerdo, que lo justificara sin levantar sospechas. Su amor por ella no sería admitido a menos que él cumpliera ciertos requisitos a los ojos del padre. Y los requisitos ni siquiera los sabía, ¿eran productos de su imaginación, para ponerse trabas él mismo, o ciertos? Por ejemplo: trabajar para sustentar una familia, o esperar que la prima cumpliera mayoría de edad. ¿El deseo de amar a una mujer tendría suficiente calma para un prolongado aplazamiento?

—Me voy —dijo Julián, de sopetón.

—¡Muchacho! —se alarmó la abuela Gertrudis—. Ni te atrevas. Mira cómo se puso el tiempo. Va a caer un palo de agua.

Y haciendo la advertencia, se dio cuenta de la nieta cabalgando. Llamó a su hijo:

—¡Pascual, hijo!

—Ya lo sé, madre —contestó Pascual—. Ellos deben estar en la cueva de los milagros del Gurugú o en la choza del brujo, en Loma Blanca. No te preocupes, Altica sabe maniobrar por los montes.

Al escuchar el nombre del brujo la abuela se persignó tres veces y miró al cielo con ojos de quien solicita un milagro.

—Los truenos, hijo.

La abuela recordaba a su hija Minerva, la primera que parió, de tres hijos, quien a los doce años fue alcanzada por un rayo que la fulminó, y que andaba en su caballo preferido por Loma Blanca, cerca de la casa del hechicero Pepe Trueba. De solo recordarla comenzó a llorisquear y se fue al cuarto, tapando sus dolores con un pañuelo negro de encajes. Cuando el suceso, llegó a culpar a Pepe de que su niña muriera. En el velatorio repetía «un bilongo del brujo. Un bilongo». Pascual entendió la situación, fue al cuarto y trató de abrir la puerta. Estaba con pestillo por dentro.

—Madre, déjeme entrar.

—Ve a buscarla —dijo la abuela—. Que no se repita, y mucho menos con el brujo.

El abuelo Sebastián estaba detrás y le puso la mano pesada, pero afectuosa, en el hombro y le aconsejó:

—Ve, hijo. Sal ahora mismo. Monta al viejo Platero, es bueno para estos tiempos. Si quieres, que te acompañe alguien.

—No, padre, me voy en Caníbal. Voy solo.

Pascual salió en otro caballo, el alazán llamado Caníbal, bueno para los trajines de rescate, enfrentando el mal tiempo y hasta los disparos de una escopeta soportaba en sus guatacas, como si fuera un caballo de guerra.

En Loma Blanca se desarrollaba otra escena. Había resuelto Altagracia, dado que el tiempo amenaza con fuertes vientos y las tronazones eran constantes, refugiarse en la casa de Pepe Trueba, «El Brujo», como le llamaban en la hacienda. Ella conocía la situación de la casa, aunque nunca la visitara. Eran tantas las cosas grandiosas y malas que escuchó de él, que envés de tenerle miedo, le atraía el personaje. Sabía que dentro del hombre siniestro encontraría a un hombre dolido, humano, grato.

Pepe les brindó unas cobijas de lana y encendió fuego en el anafre de metal. Echó en las brasas

hojas de plantas aromáticas que él solo conocía. El ambiente se volvió nostálgico, sereno y embrujado. Colocó sobre la candela una vasija de barro con agua y dijo:

—Les haré una sopa de palomas.

—No hace falta, don Pepe. Nos vamos enseguida, apenas escampe —dijo ella, sin deseos.

—Colé café, ahora les brindo. Es café molido a golpes. Quítese la ropa empapada, allí —señaló su cuarto—. Sí, allí, señorita Altagracia. Se pone el vestido que tengo sobre la cama, o se queda usted en el cuarto hasta que yo seque el suyo.

Se viró hacia Desiderio:

—Usted, señor, ¿se queda como está o prefiere una ropa mía. No tenga pena conmigo.

—Prefiero quedarme así, que se me seque en el cuerpo.

—Bien, como prefiera el señor ¿cómo se llama usted?

—Doctor Desiderio Ramón Martínez de los Campos.

—Largo ¿eh? ¿No le importa cargar con tantos nombres y apellidos ilustres?

Desiderio negó sin comprenderle la ironía.

—Le diré don Desiderio, si me lo permite.

—Le quita el don, y se lo permito.

A ella le gustó la frase y Pepe lanzó una risita burlona. Fue a una repisa y de ella trajo una plancha de carbón. La colocó en lugar de la vasija con agua.

—Voy a planchar su ropa señor Altagracia.

—No se moleste. Me visto con el que tiene sobre la cama. ¿Es de la difunta?

Pepe Trueba sonrió y negó con la cabeza.

El café comenzó a oler. «Por qué colaba café antes de que llegaran y había dos tazas en la mesa? ¿Acaso sabía de antemano que ellos vendrían a cobijarse? No por gusto era brujo», se dijo ella.

Altagracia entró al cuarto. Sobre la cama un vestido de flores, otra muestra de que el brujo conocía los designios, los rumbos y la gente por dentro, según le dijera la negra Filotea. El negaba que fuera un brujo, decía que solo era conocedor de los sentimientos humanos y que las plantas estaban allí, listas a la entrega de quien viniera a por ellas y aprovechara sus bondades naturales.

Miraba todo en el pequeño cuarto. Sabía de los trabajos de magia negra del viejo Pepe Trueba. Ella misma le había puesto el nombre de, Brujo Pepe. Estaba ansiosa por enterarse de la historia de cada objeto que veía, de sus orígenes y los diversos usos. Los fue nombrando con la vista: un retrato de la difunta Eulalia; ropas de la difunta colgadas; libros envejecidos de todo género; un orinal debajo de la cama; un altar con la figura de San lázaro, con muchas velas y pequeños objetos sobre el mantel sucio y repleto de la cera derretida de velas muertas, y con formas extrañas; cocos; botellas vacías; trapos rojos y un fuerte olor a ron y a santería.

El cuarto olía a la mezcla de misteriosos e insoportables trabajos de brujería que ella sospechaba se hacían en aquella suerte de altar para sacrificios.

En la pared de fondo, sobre la cama bien tendida, una guitarra de cajón. Y se fijó que, entre sus cuerdas, justo en el hueco de la resonancia, había una flor de orquídea, blanca. Se acercó y la olfateó, con recelo. Por alguna razón, sin que pudiera explicárselo, olía a la abuela Gertrudis, al talco que usaba después del baño, «Sándalo de Oriente», se dijo; el descubrimiento la puso tanto en la incertidumbre como en alerta, porque comprendió que visitaba la casa de un hechicero.

Sin embargo, aunque sintiera una aversión justificada por aquellos artefactos a su vista, decidió ponerse el vestido de flores que creyó fuera de la difunta Eulalia, pero ¿por qué estaba sobre la cama, como aguardando por ella? Despedía el increíble aroma de tela nueva, suave al roce. Le quedaba perfecto, o mejor, le entallaba a su cuerpo delgado, pero esbelto, como si hubiera sido

confeccionado para ella por su costurera, por doña Pepa. Se miró por todos lados en el espejo del armario. ¿Estaría encantado el espejo, como en los cuentos?

Salió del cuarto, con una sonrisa distinta.

Pepe Trueba quedó deslumbrado al verla. Desiderio supuso que era cosa de la mala suerte estar allí soportando la peste a monte, la peste a velas encendidas, la peste a café y leña y para colmo, la muchacha antes encantadora, vestida con ropas de una difunta desconocida, vestida de campesina.

—Te queda —dijo Pepe—. Como si fuera suyo.

—Gracias —dijo ella, y miró al doctor.

Desiderio, en ese momento, no tenía ojos para verla y halagarla y sentía un impulso incontenible a escapar de allí.

Bebieron café caliente en unas tazas hermosas, como si estuvieran fuera de lugar, fuera de época; y el silencio los envolvió con pereza. La lluvia continuaba cayendo, suave y tierna y golpeaba el techo y producía un letargo que invitaba al sueño, mientras los truenos remitían y se iban alejando junto con la tormenta. Al cabo de unos minutos cesó, y cesó el silencio y cesó las ganas que tenía ella de estar así por una eternidad.

—Todo empieza como acaba —dijo Pepe Trueba.

Ella lo miró todo cuanto pudo para penetrarlo, a fin de extraerle alguna información importante y misteriosa que le sirviera en la vida. No vio más que dos ojitos achicados, vivos, bondadosos, como los viera en su abuelo Sebastián.

—Nos vamos —dijo Desiderio, temblando de frío—. Es tarde y deben estar preocupados por nosotros.

—Seño Altagracia —dijo Pepe—coja el camino de la ceiba, luego baje a la cascada, y salga a la hacienda.

—¿Se conoce ese atajo? Me lo enseñó papa.

—Yo se lo enseñé a su padre, don Pascual, cuando era un mozo y corría como caballo por estos zarzales endemoniados.

Altagracia estaba maravillada. Si hubiera estado sola, se quedaría hasta más tarde, hasta que llegara la noche con aquel viejo sabio, dulce, de cabellos largos grises. Su boca parecía no moverse cuando hablaba y los ojos decían más que las palabras. Dejó de pensarlo cuando miró al doctor Desiderio Ramón y comprendió que no soportaba el monte ni la compañía del brujo ni nada fuera de su mundo. Era evidente su descontento de tan solo mirarlo a la cara.

Tomaron el sendero de regreso que ella conocía bien, sin que se dijeran nada. En el camino se toparon con su padre Pascual. Venía sereno y confiado. Él también estaba seguro de que por allí bajarían si venían de la casa del brujo Pepe. Se unió a la pareja y regresaron a la hacienda, en silencio.

Cuando llegaron, la abuela abrazó a su nieta y todos demostraban sus contenturas brindando por la salud de ambos. Desiderio trató de justificarse con trabajos inacabados en el pueblo, que requerían de su pronta asistencia.

—¿Ya te vas? —preguntó Altagracia.

—Lo siento. Te veré otro día, tengo trabajo.

En ese momento ella volvió a mirarlo. Era delicado, lindo, alto, de labios carnosos. Lo que decían de él las criadas no lo pintaba cómo ella lo estaba viendo en ese momento, aunque viniera echo un asco de sucio y estropeado. Y él la tuteaba. Era, sencillamente, maravilloso.

Desiderio Ramón la miró por última vez y ella apartó la vista y volvieron a mirarse y fue una chispa que se alojó dentro de ella que chocó con el recuerdo voluptuoso de Julián y nada podría

impedir que Altagracia Gertrudis, esa noche, soñara con su doctor, Desiderio Ramón Martínez de los Campos, no con quien siempre soñaba. Sería una experiencia distinta, lo besaría para comprobar si sus besos tenían el regusto a hierro viejo.

Desiderio Ramón montó en el auto de su amigo apenas sin despedirse de los demás y le dedicó un beso al aire que solo ella pudo verlo y dejarlo entrar en su corazón que comenzaba a compartirse entre el fuego abrasador de Julián y las aguas apacibles de Desiderio. Altagracia buscó a su primo con la vista y como no lo viera entre el barullo de gente, preguntó por él.

—Se fue —dijo la abuela.

La atención de Altagracia estaba concentrada en el bullicio que ya aminoraba en la fiesta, y no prestó mucha atención al desprecio de Julián, que, pensándolo bien, ella era la culpable por abandonarlo. Aunque le iba bien pensando en la novedosa adquisición, un novio doctor, y no en su adorado tormento, que hasta el momento solo le traía malos augurios y tormentosos deseos de estar junto a él, pero que, al parecer, le resultaría imposible, inalcanzable para ambos.

Acabada la fiesta. Cada uno para su casa, como el dicho de la calabaza, calabaza. Altagracia buscó la forma de hablar con su abuela Gertrudis.

Estaba dándole vueltas hasta que la abuela se dio cuenta y la llamó a su cuarto:

—¿Qué te pasa?

—Abuela. Cuénteme la historia de Pepe Brujo.

—¡Por Dios, Altica!, ese hombre es un pecado caminante. Ya sé que estuviste en su guachinche de yaguas, pero aléjalo de tu mente, es maligno solo de pensar en él.

—¿Maligno?

—Nos hace algunos trabajos lo cual se le agradece, pero se le paga bien, nada más. Pero, es maligno. Dicen que mató a su mujer, ¡Santo Dios! —se persignó tres veces—. Era una mujer buena, yo la conocí soltera, y era una santa doña Eulalia Domínguez. Ese hombre la mató. Tú le pusiste bien el nombre: Brujo.

—Ahora pienso distinto, abuela.

—Eso es lo que es, un brujo. ¡Por Dios Santo! ¿Acaso quedaste embrujada con solo visitarlo?

—Abuela, es un decir. Antes pensaba distinto porque no lo conocía bien.

—Ni te acerques a su cabaña, nunca más.

—¿Y si me sorprende una tormenta como hoy?

—Prefiero que te parta un rayo a que ese demonio te haga magia negra y te convierta en rana.

Altagracia comenzó a reírse.

—Y quítate ese vestido andrajoso. Tu padre que le prenda candela a esos trapos ¡Por Dios Santo! ¿A quién se le ocurre vestir una niña con ropas de una muerta?

—Yo creo que no es de la difunta.

La abuela no la escuchaba, y arremetía contra el desdichado Pepe.

—Ni, aunque aquella infeliz fuese una santa en vida, su vestido no debes tenerlo.

—No parece de ella, abuela. Y si lo fue, nunca se lo puso.

—No señor. No debes tenerlo. ¡Que quemen ese trapo maldecido!

—Abuela ¿por qué lo odias?

Gertrudis se quedó pensando, sin respuesta. Quizá se había quedado sin fuerzas para odiar y sin memoria para regresar al comienzo de la historia, de su amor perdido. Actuaba con la rutina de los años. Altagracia aprovechó:

—Si no recuerdas, no puedes odiarlo. El odio se alimenta del verdor de los recuerdos.

Sabias palabras de una joven sin experiencia. Por eso la abuela Gertrudis arremetía sin compasión en contra de Pepe y sus brujerías, Perdía su equilibrada forma de decir, sus atributos

que le favorecían de señora educada, de su vocabulario acendrado y justo, sin palabras duras ni crueles en contra de nadie.

Pero, hacía rato que Altagracia no la escuchaba, al menos de cerca.

Altagracia se había metido en el baño; se quitó el vestido de flores, lo olió, lo dobló con respeto de quien adora un fetiche, se vistió con uno suyo y salió a respirar el aire fresco de una tarde extraordinaria en que le habían sucedido tantas cosas juntas e insospechadas que por primera vez se sintió viva y con ganas de disfrutar la vida plenamente.

Ella empezó a planear cómo regresaba a lo de Pepe Trueba para devolverle el vestido de flores, supuestamente de la difunta Eulalia, aunque lo dudaba. Ir y entregarlo con buen agradecimiento y recibir de vuelta el que dejara mojado. Ir y que le explicara por qué nunca Eulalia se lo llegó a poner y por qué había muerto tan joven y que si era cierto que había muerto de hambre y cómo se amarraba un hombre a su corazón deseoso de pasiones. Se apilonaban muchas preguntas diferentes dentro de ella.

Las preguntas las fue confeccionando, si anotarlas, cosa de que fueran absolutamente privadas. Las fue agrupando según sus intereses y posibles respuestas.

Los días venideros fueron una panacea. «Todo momento que demuestre que el futuro será promisorio, es tenido por bueno y saludable y vivible», palabras sabias de su amiga Idalmis. Altagracia así lo pensaba y actuaba en consecuencia. Trataba de dormir mucho para soñar mucho. Y cuando en los sueños no aparecía su adorado tormento, el primo Julián, se levantaba sin deseos y se acostaba los mediodías para lograr buscarle, apretarlo con deseos reprimidos, y besarle en la boca, aunque sus besos, como siempre, supieran a hierro viejo.

Investigó aun más sobre Pepe. La negra Filotea le dijo que Eulalia había sido embrujada por él. Llegó a decirle que todos esperaban que él la tasajeara con su machete, si ella no lo mataba antes, como hiciera Pedro Carbón con su mujer. Pedro Carbón, un campesino bruto y desentendido con la gente que colindaban sus tierras con la hacienda Los Horcones.

Decía la negra Filotea que Pedro Carbón macheteó a su mujer por celos. Por todo su cuerpo le lanzó los machetazos y como ella tratara de protegerse de los golpes filosos, el brazo y la cara sufrieron más, y los costurones los llevaba feos, que si sonreía parecía una mueca diabólica. Ella no lo acusó con las autoridades y a pesar de que las curaciones había que hacerlas con un médico, el incidente abusivo y despreciable quedó sin castigo.

Pepe Trueba, sin embargo, era un sujeto distinto, lo reconocía la negra habladora y cizañera.

—Da amuleto para la buena suerte, resguardo de mal de ojo y amarres de amores.

Altagracia quiso averiguar más, pero de boca de la negra no sería posible, menos de su abuela Gertrudis. Indagó con cuidados extremos con su padre Pascual.

—Yo te digo que él fue bueno conmigo. Lo que pasa es lo que pasa. Yo no quiero abrumar a madre ni ponerme de parte de su enemigo. Ahora, entre nosotros, te digo la verdad. Siempre se comportó como un caballero, hasta con madre. ¿Sabía que le mandaba flores conmigo? No, no puedes saberlo, yo nunca se las entregué a madre. Ella me mataba y padre no se merecía eso. Aunque te digo, hija ¿qué de malo tienen unas flores blancas?

—Orquídeas.

—Sí, orquídeas ¿cómo lo sabes?

—Adiviné, padre. Las orquídeas abundan por estos parajes.

Supo más sobre el hombre brujo, que su abuela Gertrudis amara en la juventud y odiaba en la vejez, sin motivos aparentes. De sus andanzas por el mar cuando fuera marinero; de aquellos tres caballos de raza que criaba con desdén y un bandido se los robó una noche tormentosa y aparecieron muertos todos, los tres caballos y el bandido. Enterró a los caballos y al hombre lo

dejó a que se lo comieran los perros jíbaros.

También le dijeron de un hijo suyo con una mujer del otro mundo, de tan lejos venía el recuerdo que él mismo se extraviaba al describir los caminos. Un hijo llamado Ambrosio y que nunca pudieron comprobar y, sin embargo, decían, él iba a buscar cartas suyas al pueblo de San Lucas de los Bajos, que tenía puerto fluvial por donde llegaba el correo en balandros, y luego que las leía allí mismo delante del funcionario que se las daba, las quemaba.

No eran simples comentarios aquellos de que cuando era casi niño, por allá por los suelos de otras patrias, había matado a dos hombres, porque le faltaron el respeto a su madre y cumplió condena de cinco años hasta que logró escapar de la celda y llegó a las tierras del padre de la abuela, don Gervasio, y le pidió trabajo y desde entonces vive en Loma Blanca, como si fuera suya la propiedad y nadie, ni siquiera la abuela que tanto lo aborrece, habla de ello.

Al mediodía todos se acuestan para la siesta, costumbre milenaria. Se queda ella leyendo sobre amores imposibles que parecen malograrse, pero al final logran unirse en besos ardientes. Antes tiene que lagrimear y sentir el desasosiego de los golpes del corazón atribulado por los percances de la vida.

Al llegar la noche, con el cansancio acumulado de tantas indagaciones, Altagracia escucha los sonidos de la oscuridad y el oloroso jazmín que sembrara cuando niña, junto a su cuarto.

IV

Lo malo de Altagracia Gertrudis era ser incapaz de callarse cuanto pensara, cuando no era pecaminoso, como las imaginaciones eróticas que disfrutaba con el primo Julián. Para mentir no había nacido, y para mostrar ingenuidad ante los sucesos que las sorprendían, aunque conociera de su existencia, no estaba preparada. De manera que, siendo prudente, no era mentirosa y su inteligencia le indicaba el peligro de enfrentarse a las costumbres y a los mandatos de su padre Pascual, de su abuelo Sebastián y de su abuela Gertrudis, abuela llena de ternura, pero que guardaba un secreto que le salía por los odios demostrados contra el viejo Pepe Trueba, El Brujo de Loma Blanca.

—Abuela. Cuénteme de usted.

—¿De mí? ¿qué quieres saber?

—De su juventud, de las amigas que tuvo, sus amores.

—¿Amores? Yo solo tuve y tengo un amor, tu abuelo. No me vengas a decir que las mujeres deben tener muchos amores, como lo escuché en la radio el otro día. Estoy pensando apagarla para siempre y mandarla al basurero, lo que pasa es que tu abuelo oye noticias de no sé dónde y lo tienen entretenido. Eso de enamorarse varias veces es pecado. Amor con Dios y con el hombre que te toque. Y no creas que desconozco que lees novelitas de esas que llaman rosa, de la tal Corín Tellado, como si la vida fuese nada más que eso.

—¿Qué es, eso?

—Y punto. No se hable más del asunto.

Altagracia no cejaba en la búsqueda de respuestas:

—Abuela Gertrudis ¿se puede admirar y amar a un hombre en silencio?

—Es preferible, pero si hay pecado, mejor se lo confiesas a Dios y Él te redime.

—¿Se puede amar a uno y estar con otro?

—¿Qué insinúas?

—Que si, casada con uno, se piensa en otro.

—No lo sé, ni me interesa ni tú tienes que preguntarme eso ni te permito que vuelvas a tocarme el tema ¡Vete a la cama! Mañana le pido a tu papá que te lleve a la iglesia y con el cura te confiesas y le pides al Señor que te perdone las ideas absurdas y que no te deje caer en ninguna tentación. ¡Vete!

No había manera de entrarle a la abuela Gertrudis, por las buenas y de frente. Ya en el pueblo, luego de misa, y haberse confesado con el cura sin decirle nada grave que la expusiera ante Dios, Altagracia buscó a la prima Mercedes. La fue a visitar para enterarse de los secretos de la familia. Cuando estuvieron solas le lanzó la pregunta:

—¿Abuela Gertrudis tuvo otro hombre, antes que abuelo Sebastián?

—Niña ¿de dónde sacaste eso?

—De ninguna parte, prima Mercy. Solo quiero saberlo y yo sé que tú sabes.

—Escuché una historia, pero no debe ser cierta. Demasiado descarada para que le pasara a la

abuela Gertrudis. Pero, en fin, eso me contaba tía abuela Olga, La Boquisucia, y a ella le creí porque conocía todos los chismes de la familia, y los decía como si nada, con malas palabras y todo, por eso lo de «Boquisucia». Yo creo que, por sus libertades, su manera de ver las cosas y decirlas, murió sola y desamparada, en el asilo del otro pueblo. La querían bien lejos de aquí.

—¿La visitaste alguna vez?

—Sí, pero a escondidas, tú sabes. Ella me contaba de todo. No tenía pelos en la lengua. Yo gozaba con ella.

—Cuenta, prima.

—Me dijo, no me lo creas. Me dijo que abuela Gertrudis tuvo un primer amor. ¡Ni te lo puedes imaginar!

—Habla, no seas maldita conmigo.

—Adivina.

—No tengo idea, dilo tú.

—Con el Brujo Pepe.

—¡No puede ser cierto!

—Pues lo es.

Altagracia se engurruñó toda. Era real su estupor, no podía imaginarse una historia de amor entre su abuela con Pepe el brujo, a quien odiaba tanto, aunque ambos, por separado, les resultaban dos personas únicas, insuperables y bondadosas.

—Cuenta, prima. No me lo puedo imaginar juntos, amándose.

—Aguántate en la silla. Te vas a caer para atrás.

—Habla.

—Ten calma —ella la mortificaba, por gusto.

—¡Mercy, por favor!

—Escucha. Ellos se conocieron en un baile de aquellos... le decían jolgorio o guateque o yo qué sé. Bueno, se conocieron y se enamoraron al verse. Él tocaba la guitarra y cantaba como un sinsonte.

—Amor a primera vista —Altagracia puso sus manos en el corazón—. Qué romántico, prima. Sigue.

—Sí, romántico, pero fatal.

—No hay fatalidad en amar, como en la luz no entra la oscuridad.

—¡Niña! ¿de dónde sacaste eso?

—Novelitas de Corín Tellado. Cuenta, prima.

—Decía tía abuela Olga, la Boquisucia, que llegaron a romancear, en el arroyo, a escondidas de la gente, sobre todo de la familia. Se veían y se besaban y todo eso. Hasta flores le llevaba, en sus encuentros furtivos y apasionados.

—¿Orquídeas?

—Sí ¿cómo lo sabes?

—Solo adivino, como que abundan en el campo...

—Para los tiempos un beso sencillo era algo sublime, insólito, y también apasionado. No como hoy, que los dan con lengua y sabe a majá.

Reían a carcajadas, hasta que Altagracia entraba en razón, y quería saber más.

—¿A majá, prima? Yo pensaba que sabían a hierro mojado.

—No, esos son otros besos. Aunque los hay dulces y tan ricos que no hay manera de describirlos.

—Sigue.

—Bueno, ella misma, abuela Gertrudis, lo dice: «Un solo amor, el único, con Dios y con Sebastián». O sea, que al parecer Dios es el abuelo Sebastián.

—No seas blasfema, prima.

—Lo que sucedió luego es la parte mala del asunto. Te la cuento después.

—No, no, por favor, prima Mercedita, no me dejes así.

Altagracia se angustiaba rápido. Estaba ansiosa por conocer los detalles y la prima le jugaba una mala pasada con suspenderle el relato.

—Bueno, sigo si me enciendes un cigarro.

—Apesta.

—Entonces, se acabó el cuento.

—Bien, bien, ¿dónde hay uno?

—Allí, en la mesita.

Ella buscó en la gaveta y extrajo de la cajetilla un cigarro grande. Se lo llevó a Mercedes, con una caja de fósforos y comentó:

—Partagás. Estás loca, prima. Parece un tabaco de los que fuma el abuelo Sebastián.

—Préndelo.

—¡Por favor, no! Me dan asco.

—Es una broma, muchacha, para ver cómo te pones. Eres una chismosa enferma. Y te digo una cosa, a los hombres no les gusta que fumemos.

—¿Por qué lo haces entonces?

—Para joderlo, que no me busque.

—¿Siguen separados?

—A nuestra manera. Él por allá, yo por acá.

—Sigue con la historia de abuela, anda.

—Nuestro bisabuelo, don Gervasio Cuenca de los Delfines y Pomarroza, se enteró y amenazó con matar al Pepe atrevido.

—¿El bisabuelo se llamaba así?

—No hija, no. Gervasio Pérez ¿quieres un apellido más vulgar?

—No lo veo así, pero Sigue.

—Dijo al verlo: «Tú, sarnoso, te atreves con mi adorada princesa. Ella es mucha hembra para ti».

—¿Le dijo eso?

—No. Me lo acabo de inventar.

Rieron las dos. Gozaban juntas. Se pasaban información de la familia, aunque nunca, nunca, Altagracia le confesara sus pecaminosos pensamientos con el primo Julián ni que estuviera pensando en visitar al viejo brujo. Estaba aprendiendo a ocultar ciertas verdades, como protección. Sobre todo, a partir de escuchar la historia de su abuela Gertrudis, que resultaría, como bien dijera la prima Mercedes, fatal.

—El final del relato es este: don Pepe no tuvo más remedio que retirarse a su choza, en Loma Blanca, colindante con la finca del bisabuelo, y se metió a santero. Se casó con Eulalia, una de las jóvenes que los visitaran para recibir amuletos o que las santiguara o para llevarle un presente al santo. Fin de la historia.

Altagracia quedó complacida. Su abuela sí tuvo un amor, y nada menos que con quien ahora hablara tan mal de él, y con sus rencores reprimidos que ya les veía justificación. La habían abandonado en pleno amorío todo por culpa del bisabuelo y, por culpa del amante, don Pepe Trueba.

Al salir de la casa de Mercedes, la estaba esperando Julián. Altagracia sintió como si una llamita que se estaba apagando, cobrara vida. Julián vestía pantalón vaquero y camisa de mangas largas arremangadas al codo con destreza. Parecía un cowboy del viejo Oeste, de las películas de Tim McCoy. Solo le faltaba el sombrero.

—Buenas tardes, Julián ¿qué haces por aquí?

—Te esperaba —dijo él, zalamero.

—Qué bueno ¿caminamos?

Ella, con él, se comportaba distinta que con el doctor Desiderio. Con Julián se sentía alegre y suelta, libre. Amarrada con el doctor. Sabía que un peligro se cernía: su pensamiento lascivo con él. Pero tenerlo muy cerca le daba ánimos para respirar y ganas de pasarla bien.

—Te fuiste, sin decirme nada.

—Estaba celoso y sentía envidia.

Él era un astuto y mujeriego hombre, hombre de mundo, acostumbrado a golpear y pasar la mano, dispuesto a besar la herida que causara. Se atrevía con ella como si hubiera adivinado que le faltaba poco tiempo para perderla.

—¿De quién, del doctor?

—De cualquiera, hasta de los pueblos y las calles que has cruzado tú sin mí.

—Eso es una canción de Vicentico Valdés, pero me gusta ¿Te la sabes entera?

—Sí.

—¿Me la cantas?

Se la fue cantando en todo el camino, y otra y otra más. Ella lo miraba y estaba complacida. El amor era lo único que le importaba y las canciones hablaban de romances, algunas con lágrimas y otras optimistas.

Pasearon, muy juntos. Rozando sus manos en cada vaivén. El vestido de ella jugaba con la camisa de Julián. Se veía como una pareja acoplada y feliz. No miraban a nadie y ella se creía que eran solo ellos en el mundo. Nada más ellos, aproximados al amor, que eran invisibles.

—¿Cómo te fue en el paseo?

—Ni me lo recuerdes. Mi abuela se puso terrible.

—Ya lo sé. Yo la vi. Te pregunto por el paseo con... ese.

¿Él la llevaba a una trampa? Si respondía que bien, no mentía, pero no le gustaría saberlo. Si mal; mentía, no podría dormir con la presión de la mentira, aunque fuese piadosa. Por primera vez se sintió indisputada hablando con Julián. No estaba cómoda y él lo notaría enseguida.

—¿Hablamos de otra cosa?—sugirió.

—Quiero pasear contigo —dijo él.

—Lo estamos haciendo.

—Quiero acostarme contigo. Quiero que seas mía para siempre.

Altagracia no escuchó bien o estaba confundida. Fue de repente y nadie en este mundo está preparado para escuchar el ruido de palabras inesperadas en sus oídos adolescentes.

—¿Qué dijiste?

Se le notaba confusa, no alterada, confusa, y así mismo, perdida. Perdida para ofrecer una respuesta que estuviera a tono con lo que sentían los dos. Ella miró para otro lado cuando él decidió callarse. Así caminaron sin rumbo y sin atreverse a mirarse y sin que ninguno diera fin al asunto con cualquier acción que los hiciera regresar de sus pensamientos. Él se atrevió cogerle la mano cuando llegaron a un punto de la calle que se cerraba. Estaban en las afueras del pueblo. Al fin, dijo Julián:

—Estoy diciendo eso porque te amo.

Ella recordó una canción o tal vez un poema que leyera, y para el caso daba lo mismo «Cuando el amor llegue a tu puerta...», pensó y lo dijo:

—Ha de sentir amor quien hable del amor con tanta certeza.

De una mata de enredaderas trepada a una cerca él arrancó una florecita amarilla y se la dio.

Ella sonrió. Él estaba escalando la roca de la fortaleza. No debía mirar abajo ni sentir cansancio. Subir, subir, subir. Sin el vértigo de la honestidad o el respeto.

«Fáltame el respeto», decía ella con su mirada y con su silencio.

—Si no fuera cierto lo que digo me quedaría mudo ahora mismo —se besó dos dedos en cruz—. Te lo juro por esta.

«¿Una promesa o un hechizo? ¿Dice esas mismas palabras a todas las chicas que conoce? ¿Dónde está lo sincero y dónde la falsedad? Y, si fuera cierto, piensa, Altagracia Gonzaga, ¿qué vas a contestarle, sí o no?».

Él le tomó la mano helada en la brasa de su poderosa mano, y caminaron, rozando sus cuerpos y sus pensamientos. Él quizá caminaba, ella volaba. Nunca sintió más cerca un encuentro pecaminoso que en ese momento. Tanto lo deseaba, tal vez sin amor tierno, pero, pensaba, «una entrega así no es posible sin desearlo y quererlo». Tan fuerte era el impulso de abrazarlo, que allí mismo le hubiera confesado que la doblegara, que la hiciera suya, y la besara y...

Pascual, su padre, estaba ante ellos. Parado como alguien que espera un enemigo que lo ha agredido sin miramientos y con un arma desproporcionada y se prepara para contraatacar.

Todo fue cuestión de verlo, como un relámpago, y se separaron de inmediato, a un metro uno del otro, como si no se conocieran.

—Te esperé a la salida de la iglesia. ¿Dónde has estado, Altica?

—Padre, no piense nada malo.

—No lo pienso. Yo sé que mi hija no haría nada malo. En cuanto a ti, primito Julián, no te molestes en justificar nada. Prefiero que todo se quede así y también prefiero que no nos visites más. Por ahora te perdono, si te vuelvo a ver no sé qué sería de mi paciencia. Adiós.

A Julián lo castigaron doblemente, con negarle que visitara la hacienda Los Horcones ni la casa del pueblo y que nunca se viera con Altagracia. Ambas cosas le llegaron al alma, intentaban romper un idilio que tomaba cuerpo, que se hinchaba en el corazón. Por su culpa no se verían más y él estaba enamorándose perdido de ella. Ya no era solo deseo carnal. Estaba a punto de picarse las venas por ella, como dicen, sin que él pensara en tal barbaridad, claro. Prefería vivir y poseerla.

En cuanto a Altagracia. El castigo lo tomó como un descanso en sus inquietudes y sus alborotados deseos. Ya estaba a punto de entregarse por nada y la atajaron a tiempo. Pensaría mejor las cosas, sin atrofiar el amor y sin perjudicar su mente ni su corazón. Pensaría en cómo organizar la mente y dedicarle más tiempo a la abuela y a preguntar más sobre el brujo, Pepe Trueba, pues ella pensaba, sería la solución de sus penas. Y, sobre entender el amor, no precisaba ya de las novelitas de amor. Para conocer el amor le bastaba con mirarse por dentro, con pensar en su Julián, con los ojos abierto o en los sueños románticos e indecorosos.

Ella tenía en mente visitar a Pepe Trueba y se le daba la oportunidad con el castigo ejemplar del padre Pascual, quien la mandara por quince días de sus vacaciones a la finca de los abuelos.

Preparó su fuga para verse con el brujo Pepe.

—¿Te vas sola por esos mundos?

—¡Ay, abuela!, ¿quién me va a comer? No soy la Caperucita Roja.

—No, pero no dejan de haber lobos, aunque no lo seas. Espero que tengas cuidados extremos.

Nadie dijo más nada, ni siquiera la negra entrometida, Filotea, y mucho menos el abuelo consentidor. Aceptaron lo que la abuela Gertrudis calificó, con su voz de susurro, pero potente y audible a varios metros:

—Déjenla, a ver si encuentra una botella con el genio adentro y encuentra su príncipe y nos da la buena noticia del matrimonio y que vengan los biznietos.

Altagracia la besó en la frente, pidió su bendición y se fue directa a la cabaña de Pepe Trueba siguiendo el paso de la cañada, conocido por ella, su padre y el mismo Pepe, su descubridor mucho tiempo atrás.

Llegó y estuvo afuera de la cabaña varios minutos, sin bajarse del caballo ¿arrepentida? No, tratando de escuchar los golpes de vida adentro; como si la cabaña cobijada con pencas de la palma y de madera recia sus paredes y piso de tierra apisonada, tuviese corazón y pudiese latir.

La voz de Pepe Trueba la escuchó como saliendo de una cueva, con alegría:

—Entra, hija seño Altagracia.

Pepe se mecía en el balance de la sala cocina con un abanico tejido. Le sonrió al verla.

—Te esperaba. A decir verdad, te esperaba hace días. Tardaste.

—Vengo a buscar el vestido, don Pepe.

—Bien, se lo tengo preparado, allí. El que le di es suyo. Quédeselo ¿le gusta?

Altagracia asintió; esperaba esa respuesta. Trató de organizar sus preguntas en orden de prioridades, tal las había concebido. Las más sencillas primero para acabar con las que creía complicadas, tal vez sin comentarios.

—Tengo preguntas —dijo, a secas.

—Hazla, sin pena.

—¿Por qué todos le temen y sin embargo le buscan?

Pepe sonrió y dejó de abanicarse. Buscó un libro en el cuarto y se lo mostró.

—¿Lees?

—Leía. Ahora ya no me gusta. Leía novelas de amor y ahora las siento como si me estuvieran mintiendo todo el tiempo.

—Así mismo se comportan conmigo. Me buscan, y cuando les digo la verdad, me temen o, incluso, me aborrecen y hablan hasta por los codos.

—¿Qué reacción tan loca!

—La reacción lógica. Usted busca el amor en las novelas, y cuando lo encuentra se siente defraudada. Cree que no es posible lo que hacen y dicen en sus páginas porque no le suceden a usted. Piense un poco. Todo cuanto se diga es solo una parte de la verdad de la vida. La vida es

superior a lo que se escriba. Entonces, lo dicho se queda corto ¿no lo cree así?

Ella iba entendiendo, aunque le quedaran dudas. Fue a la segunda pregunta:

—¿Usted amó con la intensidad que se habla en las novelas?

Pepe se dio un golpe a un lado de su cabeza como quien trata de ordenar un bulto adentro. Los recuerdos se le amontonaban y cada uno buscaba un rincón para esconderse de él, para que nunca los encontraran.

Al fin dijo:

—Como se debe amar a una mujer.

—¿Lo amaron con tal intensidad?

—Espero que sí, aunque ahí está el detalle. Nunca pensamos que nos aman igual a como nosotros amamos. Pero el amor es eso, entrega. Nada se disfruta más que la entrega.

Altagracia se sentía bien en su presencia. No hacía falta seguir con las preguntas. Entendió que para disfrutar el encuentro con aquel hombre excepcional solo se necesitaba entrega y mirar al mismo lugar en donde él ponía sus ojos de viveza y penetración increíble.

Cuando se alejaba de la cabaña, sintió el alivio interno de que algún día amaría así, con la entrega total, y que sería correspondida. Y si le iba mal, se alejaría sin los rencores que matan.

VI

Quiero pasear contigo. Estoy aquí porque te amo. Quiero acostarme contigo, que seas mía para siempre».

Todas las frases se le agolpaban en la cabeza adolorida y apenas pudo conciliar el sueño las siguientes noches de su encuentro con Julián. No soñó con él, como si quisiera mantenerlo lejos de sus pensamientos encontrados. Despierta, le llegaba su rostro y las palabras ardientes de amor. Ella estaba confundida y alegre. Julián valía porque la deseaba como mujer ¿solo por eso?

En la escuela mantuvo la distancia con sus compañeras de clase. No disfrutó el recreo y la amiga que la observaba se le acercó. Su mejor amiga, Idalmis.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

—Tú no me engañas, te conozco como si te hubiera parido.

—Así me dice la prima Mercedes.

—Pues Mercedes miente. La que te parió fui yo.

Rieron juntas. Idalmis la llevó hasta un aula vacía y le preguntó:

—Bueno. ¿te besaste con el Julián ese? ¿no te gustó o qué?

—No es eso. Tal vez algo peor.

—¡Coño, Altagracia, no me digas que te acostaste con él!

—No. Tampoco es eso.

—Déjame pensar. Espera, traje mi bola de cristal, es chiquita, pero sirve —de un bolsillo de la falda azul y tan larga como las monjas, sacó una canija verde—. Vamos a verla. ¡Ya lo tengo!

Altagracia comenzó a reírse.

—Ya ves, es mágica. Ya te sale la sonrisa. Ahora te digo. Él te invitó a que mordieras la manzana, a pegarse ombligo con ombligo.

—Es verdad ¿cómo lo sabes?

—Magia. Y dime ¿qué respondiste?

—En ese momento, en ese preciso momento que iba a decirle que sí...

—Apareció tu papá. ¡Menos mal!

—¿Eres adivina?

—No, lo que pasa es que soy tu amiga y no soy boba y me las sé todas.

—¿Y eso qué?

—¿Qué? Que don Juliancito. Tu querido amado y deseado Juliancito, lo anda pregonando entre sus amigotes, so tonta. Ese no es hombre ni aquí ni en el otro velorio. Se apostó cien pesos, ¡cien pesos! que no sé de dónde los va a sacar ahora, a que te metía en la cama. Y te estoy llevando suave, miya, no te digo la palabrota que usó el sinvergüenza, para no dañar tus tímpanos sensibles. Los míos ya están curados de espanto.

Fue un balde de agua fría. Estaba tan mal, que Idalmis tuvo que llevarla casi cargada hasta su casa, al doblar de la esquina, y acostarla. Idalmis pidió a su mamá que le preparara un té de tilo.

—No —dijo la señora—. Café. Un café fuerte. A esta niña le ha dado un soponcio, mira lo flaca que está. Luego le hago una sopa y tú vas a ver como corre hasta su casa. Pobrecita la huerfanita. Idalmis, ve y avísale a su gente. Si su padre se entera, ¡ya tú sabes!

La mujer se fue a la cocina. Coló café y se lo trajo en una bandeja y con dos galleticas de dulce.

—Come, hija, que te hace falta. Tú estás desnutrida. Come.

Se fue de nuevo a la cocina y amenazó con cocinarle una sopa de gallina vieja. Desde allá seguía habla que te habla. En sus lamentos se escuchaba clarito que don Pascual, el dueño de la bodega «El Laurel», le echaría la culpa a ella.

—¿Qué le dijiste a tu mamá? —se alarmó Altagracia.

—Nada, chica ¿qué me crees?

—Yo la siento hablando de mí y de mi padre.

—Eso es verdad ¿tú quieres oír lo que dice ella de ti?

—Dime.

—Dice: ¡Esta puñetera niña, nada más es teta y trapo!

Volvieron a reírse juntando cabeza con cabeza. En esta oportunidad, ya Altagracia había recobrado su buen semblante, después de un sorbo de café fuerte.

Ella estaba consciente de su delgadez, de sus pocas ganas de comer carne y menos si llevaban mucha grasa o condimentos. «El hambre de los deseos imposibles», le dijo una vez la misma Idalmis, siempre Idalmis. «Cuando una mujer busca, se pone linda; cuando desea y no encuentra, se pone flaca». Idalmis permanecía seria ante ella, y dijo:

—Te debo una, o muchas. Tú me defendiste de los asquerosos varones que me llamaban «la machorra».

—Yo soy defensora de la verdad.

—Pues hija, conmigo no defendiste ninguna verdad. Yo te agradezco que impidieras las bromas pesadas que me hacían, y por eso ya nadie lo hace, de cierta forma me respetan. Eso te lo agradeceré con la vida. Pero yo soy lo que soy.

Altagracia, por estar mareada o sufrir con su tremendo problema, no entendió de golpe la confesión de Idalmis.

—No entendiste. Yo soy invertida. No me gustan los machos. Pero tranquila, tú eres mi amiga y no me gustas.

Altagracia y Idalmis rieron un buen rato, mientras conversaban alegres y se divertían con los disparates de ambas.

—¿Tú quieres saber una cosa?, yo soy, y a mucha honra, una persona distinta. Siento como hombre, en un cuerpo de mujer. La que me gusta es la ojiazul y me le insinúo y nada, no cae. Estoy arrebatada por ella.

—¿Con Graciela? Eso es amor. Algún día te corresponderá. Lo digo porque ella te aprecia y te lo demuestra.

—Pero yo busco amor, no aprecio.

—Todo llega si nos esforzamos, me dijiste una vez. Y para cuando llegue debemos estar preparadas ¿recuerdas tus propias palabras?

—Las recuerdo. Casi siempre lo que decimos no es lo que hacemos.

Altagracia se alegró de que Idalmis fuera alguien normal, que no viera las cosas en blanco y negro, sino con los tonos grises.

—Yo losé.

—Menos mal que tú me entiendes, Altagracia. Esto que te digo no se le puede decir a cualquiera. Yo no me atrevo ni con mi mamá, que tanto adoro y respeto, e incluso pienso que lo sabe y me aceptaría tal como soy. Pero ni muerta se lo digo, como si la fuera a disgustar.

—Las madres entienden de todo. Ya quisiera yo que viviera la mía, tan temprano me dejó que

no me queda la imagen de ella en mi mente. Por fotografías la reconozco. Mi abuela es lo más cercano a mi corazón y temería decirle mis secretos. Pero, tu madre es tu madre.

—Menos esto, se le puede confiar cualquier cosa. Yo la entendería si me rechazara. Tener una hija varón le zumba, yo misma estuviera confundida si me pasara con una hija.

Reían y reían. Cada vez que entraba la madre de Idalmis ellas se desternillaban de la risa porque, saber la verdad o decirla para que alguien la sepa, es manjar de dioses, es un placer parecido a comer con hambre o beber con sed o hacer el amor con ganas.

VII

Altagracia estuvo toda la noche atendiendo a la madrastra Agustina, con sus dolores de parto, hasta que su padre Pascual decidió llevarla al hospital, pero, estaban en el campo, en la hacienda Los Horcones, lejos de la posibilidad de encontrar una partera o que el médico que la atendía en su estado de gestación, Desiderio Ramón, estuviera a tiempo para recibir al bebé. Habían llegado a la hacienda Los Horcones en su Willy del 52, pero este necesitaba atención mecánica y Pascual mandó a uno de los obreros del abuelo, de la tabaquería, a que lo llevara al puesto de reparaciones, la gasolinera más cercana entrando al pueblo, la de los hermanos Guilarte.

—¿Qué hacemos? —se quejó Pascual.

—Manden a buscar al doctor —dijo la abuela.

—Sin vehículo adecuado es imposible salir de aquí, y ya rompió la fuente. El mediquito se equivocó en una semana.

—No le digas así —se quejó Agustina, con su mano en el bajo vientre, por donde la amenazaba el feto con salir.

—Manda a por el brujo —dijo el abuelo Sebastián.

Altagracia alzó su cabeza, Pascual también, y hasta la parturienta abrió grande sus ojos llorosos. La abuela Gertrudis salió del cuarto deseándole alguna maldición al hombre que mencionaron sin decir su nombre. Nadie podría pensar que el abuelo dijera tales palabras.

—¿Qué? —expresó el abuelo—. En casos como este hasta yo me aflojo y el único que hay a mano es el desgraciado ese, que, al menos, sabe su oficio.

—Oficio de yeguas y vacas —dijo la abuela desde afuera.

—De lo que sea, madre. Padre tiene razón. No nos queda otro remedio que buscar a don Pepe Trueba.

¡Por los santos del Cielo! Se había atrevido mencionar el nombre proscrito, en la hacienda Los Horcones, prohibido por la abuela, prohibido hasta por Dios.

Cuando llegó el doctor Desiderio, ya a la parturienta la habían trasladado, en una parihuela, hacia Loma Blanca. Aquello fue todo un acontecimiento. Una mujer como ella, de familia adinerada y esposo con buena posición, trasladada como los pobres sin recursos.

—El mundo se está acabando —dijo Filotea desde la cocina.

La abuela le dijo al doctor, con el semblante muy serio:

—Anoche rompió la fuente. Fueron a lo del brujo, que seguro le mata al que viene sano.

El doctor no entendía, y el abuelo le puso la mano en el hombro y dijo:

—Venga conmigo médico. Mientras preparan café y un caballo para usted, hablamos.

En Loma Blanca sucedía todo. Llegaron en una hora, manteniendo los cuidados necesarios para no perjudicar a doña Agustina ni que los escollos indujeran al parto por el camino angosto y de piedras.

Pepe Trueba la estaba esperando, con todo preparado.

—Pasen —dijo—. Altagracia, hija, en la cocina hay agua hirviendo, ve y tráela al cuarto, tú me servirás de asistenta. Los demás se quedan afuera. Esto es cosa muy seria, viene mal la niña.

«Niña, viene mal, yo de enfermera. ¿Cómo supo Pepe Trueba que llegaríamos con mi madrastra en andas?», se preguntaba Altagracia, mientras hacía los preparativos indicados.

Traían, desde la hacienda, paños, toallas limpias, y de todo lo necesario para el parto según dispusiera la abuela Gertrudis. Especialmente a ella, la abuela le dio un crucifijo y le dijo: «reza por el niño, ayuda en el parto, hija».

—¿Niño? ¿Cómo lo sabes, abuela?

—Por la puya. No te preocupes. Yo sé lo que te digo, he visto de todo en este mundo.

¿Hembra o macho? ¿Quién de los dos tenía la certeza: su abuela Gertrudis o el brujo Pepe? Altagracia votó por el brujo, «viene una niña», dijo en voz alta.

Cuando llegó el doctor a la cabaña de Loma Blanca, la niña mamaba de la madre. Era un milagro. Altagracia la vio salir. Venía con el cordón umbilical apretado a su cuellito flaco, estaba morada, no respiraba al salir y Pepe la sacó afuera y con varias sacudidas y nalgadas lograría el milagro. Pascual y los demás testigos no hacían nada y solo dejaban que el brujo actuara por su cuenta, como si confiaran enteramente en él. Las manos diestras, y por qué no, manos brujeras, de Pepe Trueba, lograron el milagro.

En la hacienda Los Horcones todos gozaban. Unos se iban al patio y otros jugaban con las fichas de dominó. La bebida sobraba y lo único que se agotaba era el tiempo para que los deseos de festejar no acabasen nunca.

Desiderio Ramón se le acercó por detrás a Altagracia.

—Hace una semana no te veo —le dijo bien pegado a su oído.

Ella no lo escuchaba, estaba atenta a cuanto sucedía en la hacienda. Todo era alboroto y corrían, más que caminar, para organizar lo que ya estaba organizado. Era una casa de locos. Su papá Pascual puso música a todo volumen en un radio del abuelo, de baterías, y la fiesta comenzó ese mismo día. El papá gritaba:

—Nació Josefa Milagros Gertrudis, que Dios me la bendiga.

—La extrañaba, señorita Altica —volvió el doctor.

—No te aproveches. Y ya te dije que me llamas Altagracia ¿no es bonito mi nombre?

—Lo es.

—¿Entonces?

—Lo tendré en cuenta. Ahora quiero saber una cosa. ¿Me echaste de menos?

A ella le causó gracia la pregunta ingenua. Entendió que eran asuntos de los hombres no tener a boca la palabra adecuada para cada momento. «Solo los que dicen mentiras hablan bonito», decía su amiga Idalmis.

—Sí. Pero ahora debemos prestar atención a nuestro alrededor. Es un gran acontecimiento ¿No crees?

—Sí. Y me alegro de que pienses como mujer, eso me gusta.

Cuando escuchó la palabra mujer le prestó atención y le plantó un beso rápido en la mejilla y salió disparada a donde estaba la abuela Gertrudis.

—¿Quién le puso el nombre? —preguntó la abuela.

—Fui yo, abuela. Es un nombre compuesto muy bonito y a la moda ¿le gusta?

—Al menos debieron ponerle el mío en primer lugar, no en el rabo. Y lo de Josefa, ¿de dónde

lo sacaste?

Ardería Troya si le decía que, Josefa por José, el partero y enemigo; Milagrosa porque eso había sido, un milagro que saliera viva; y Gertrudis por ella. No lo dijo, esperó que la candela amainara y sobre los humos decirle la verdad. De todas formas, la abuela sospechó lo peor y ni siquiera se molestó en atender a la niña nunca más, solo cuando se la entregaron para que la bendijera y nada más. Sobre todo, cuando la miró bien y notara algo en sus paños. La desenvolvió y preguntó, alterada:

—¿Qué es esto?

—Una orquídea, abuela.

—Tengo ojos y sé lo que es una rosa y una mata de coco ¿quién la puso ahí?

—Don Pepe, abuela Gertrudis —dijo la recién parida desde la cama—. Para la buena suerte.

A partir de entonces Gertrudis no entró más al cuarto y cuando se llevaron a la parturienta no fue a despedirla y la familia toda se dio cuenta de su raro proceder. Para no contradecirla y causarle mayores molestias, la dejaron tranquila. Esa actitud de ignorarla ella la creyó insolencia arbitraria y fue peor el remedio que la enfermedad. A partir ahí enmudeció y hablaron con el doctor Desiderio Ramón.

—Hay que ingresarla —dijo el doctor.

—¿La cree grave? ¿No puede usted atenderla aquí en casa?

—Es un caso que se escapa de mis posibilidades, don Pascual, probablemente sea un coágulo en el cerebro, o esclerosis múltiple.

—No siga, doctor. La ingresaremos, no faltaba más. ¿Cuál hospital me sugiere?

—No en el que trabajo. Debe atenderla primero un especialista. Luego veremos.

Las atenciones del doctor le gustaron a la observadora Altagracia, que no salía del lado de su abuela y como era fin de año, sin escuela, se mudó a la hacienda Los Horcones.

Hubo que llevarla al médico, uno distinto al de cabecera, un especialista, y este certificó un estado de condición senil, delante de la paciente lo dijo. Afuera, al abuelo y al hijo, les manifestó lo que realmente pensaba:

—Creo que es un trastorno de conversión.

—¿Eso qué es, doctor?

—Antes les pregunto algo ¿tiene ataques de risa?

—Al contrario, dejó de reír.

—¿Camina mal, hace muecas?

—No, doctor.

—Entonces, descartamos el síndrome de Argelman.

—Usted dijo antes...

—¿Demencia senil? Fue para que lo escuchara ella. Estoy casi seguro de que se niega a hablar. Lo hace conscientemente.

—¿Quiere decirnos que lo hace a sabiendas?

—Puede que sí. En otro caso sería una condición psicológica en la cual surgen síntomas físicos debido a dilemas emocionales.

—¿Dilemas emocionales?

—Sí. ¿Ocurrió algo grave en la familia?

—Sí —dijo Pascual.

—No —dijo el abuelo Sebastián casi al mismo tiempo.

El doctor entendió la jugada. La respuesta contradictoria y dual certificaba su diagnóstico, no había forma de equivocarse. Aseveró:

—En este caso hay que tener paciencia. Hablará cuando le salga de las reales ganas o cuando, mandándole yo sus medicamentos, hable el día menos pensado. Le sugiero se la lleven a casa y la traten normal, claro, sin causarle molestias y...

—¿Y?

—Ustedes me sabrán perdonar, soy médico especialista y han venido a verme. Así que tengo el derecho y el deber de decirles con claridad lo que por ética se me obliga. Ella ha sufrido por causa de un problema familiar muy severo. Resuelvan el problema que lo causó y les aseguro que recobraré el habla.

Gracias a la poca salud de la abuela, el doctor Desiderio Ramón visitaba la hacienda tres veces a la semana.

Altagracia lo atendía personalmente. Deseaba entablar una amistad que los acercara y estaba justificado que lo hiciera con esmero, aunque sus propósitos ocultos, fueran, realmente, acercarse a él y seducirlo. Le estaba gustando el doctor y, según le señalara su madrastra y luego su mejor amiga, era el mejor partido. Médico, culto, decente, rico y etc.

—¿Café?

—Gracias, Altagracia. Hasta hoy, y a pesar de que tengo muchos compañeros en el hospital, eres la mejor amiga que tengo.

—¿Pueden ser amigos un hombre y una mujer?

Ella atacaba, de frente.

A Desiderio Ramón le gustaban sus preguntas. Llevaban, como un buen ajiaco, de todo, hasta picante. Solo era cuestión de saborearlas. Y él estaba dispuesto a saborear cada palabra que saliera por aquella boca que pedía la besaran, pero él no se atrevía «qué van a pensar de mí», se decía.

—Se puede, claro que sí —dijo.

Ella se atrevería a todo. Al fin y al cabo «si no se lanza el anzuelo no se atrapa nada». Palabras de su amiga Idalmis.

—¿Qué te gusta de mí? —Lanzó el anzuelo.

—En tu boca, las perlas, en tu mirada el fuego, y en tu corazón un beso ardiente.

Al fin respondía el hombre, que ella esperaba fuera ardiente y capaz de todo. Envistió a la presa:

—Y ¿cómo son los besos ardientes?

Él no pudo responderle con soltura. ¿Se atrevía? ¿Era el momento de besarla, de tomarla de la mano y besarla?

Estaban cerca, muy cerca uno de la otra. Y ella había adquirido una inusitada variedad de valentía, de audacia, de osadía desmesurada. Juró que no perdería su tiempo nunca más, como dijera su amiga Idalmis: «donde caiga el mulo, palos con él».

—Responde ¿cómo son los besos ardientes?

—Los que se dan por amor —dijo él.

Ella lo besó en la mejilla, pero dejó su cara pegada, al borde de la locura, en víspera de un largo beso apasionado a punto de recibirlo en la boca o darlo, costara lo que costara.

Y llegó el beso, tal lo suponía y anhelaba Altagracia. Aunque fue un beso corto y nervioso, asustado y hasta con pena de darlo. Y ella, atrevida, lo buscó arriba, en puntillas de pie, y lo atrajo por el cuello enlazándolo con los brazos y lo besó con mayor pasión, para arrancarle un

grito o que le pidiera clemencia. Él no la rechazó y supo entregarse completo.

Altagracia comprobó, aun aturdida como se sentía, que no le sabía a hierro viejo como sucediera siempre cada vez que lo daba, en sus sueños lujuriosos, al primo Julián. El beso de Desiderio Ramón le supo a una fruta dulzona.

En realidad, era su primer beso, el que perseguía en los sueños y el que leía en las novelas de amor y el que la pondría, al fin, con sus ilusiones sobre la tierra. Y el cuerpo de atleta de Desiderio Ramón lo percibió rocoso, tibio y oloroso, tal lo presagiaba; su cuerpo pegado al suyo la estremeció de gozo. Un hombre así no es cualquier hombre, se dijo por dentro. Sintió deseos de entregarse y dejarse llevar, como en los sueños, por el tormento agradable de los deseos de la carne, y adorarlo como un dios y pertenecerle completa, en cuerpo y alma ¿Había llegado el amor?

Tendría todo el tiempo de la vida para saberlo. Lo primordial era la entrega, y ella sabía entregarse.

VIII

Ramón Desiderio Martínez de los Campos pidió la mano de Altagracia Gertrudis. Fue una ceremonia sencilla, esperada, y con los encantos de los mismos pareceres. Quién mejor que él; médico, rico, de buena familia, «y un tipo buena gente», remataría el abuelo.

La vida le cambió a Altagracia, totalmente. Ella salía de la escuela, en el último grado de la Academia Vaillant, y estaba loca por llegar a casa y recibir al novio. Así fue pasando el tiempo, nunca aburrido, aunque con cierto aire de rutina.

Llegó el momento crucial de fijar la fecha del matrimonio, pues ella no quiso continuar estudios, prefería ser ama de casa, cuidar al marido y a los niños por venir; muchos niños, sí, serían muchos. Él aceptó, satisfecho.

Ella le puso una condición al prometido:

—¿Cuál?

—Nos vamos a vivir a la finca Los Horcones, es mi única petición.

Él no estaba dispuesto a perderla y tal separación le daba la oportunidad de especializarse en su rama de la medicina. Necesitaba tiempo y calma. Separados por varios días le daba esa ventaja exclusiva y todo con un pacto, una aceptación voluntariosa y bajo términos felices.

Altagracia Gertrudis se mudó, ya casada, a la hacienda Los Horcones, finca de tantos gratos recuerdos. Dedicaría su tiempo a cuidar a la abuela y tejer. Tenía el presentimiento de que esa vida, como la viera en su familia, era sana y alegre.

Una vez le había dicho su amiga: «el tiempo y la distancia son contrarios, pero se atraen, se juntan en alguna parte. El tiempo se aleja, no regresa. Allá donde va el tiempo está el punto que marca la distancia». «No entiendo», le reclamaba ella. «Mira. Tomamos una cuerda, tú en una punta, yo en la otra. Yo me alejo, y me alejo, y me alejo. No me ves, no te veo. Desaparezco, desapareces, de tus ojos y los míos, luego de tu mente y de mi mente. El tiempo pasa, se fue conmigo, pero a la vez se queda contigo». Ella protestaba el enredo: «Ahora te entiendo menos». Idalmis continuaba: «El tiempo se junta, en algún punto lejano, con la distancia. Ninguna de nosotras sabe dónde. El tiempo es como el olvido. Lo dice la canción chica».

Se reían juntas. ¿Qué sería la vida sin Idalmis? ¿Se cumpliría lo del tiempo y la distancia cuando ella se fuera con la punta del cordel?

Un buen día se apareció Idalmis, su mejor amiga de escuela, a Los Horcones. Venía feliz, venía casada y venía sola.

—¿Y tu marido?

—No tengo marido.

—Pero, a todos les has dicho que te casaste.

—Es lo que quieren oír. A mi edad, con esta pinta y soltera, ya me ponen el mote, que, aun siendo verdadero, lo dicen con maldad, para herir, y no me gusta.

—Ya entiendo. Entonces ¿cómo puedes ser feliz?

—Porque estoy casada.

A Altagracia le encantaban sus juegos de palabras, su forma de decir y hacer, a pesar de todo.

—No embromes ¿serio?

—Sí. Pero no por la iglesia, no como tú, ni por lo civil ni por lo común. Estoy casada con mi amor, otra mujer.

—¿Cómo es posible? Te van a freír en las calderas del infierno de las lenguas del pueblo, como me dijiste una vez.

—Nadie lo sabe, excepto tú.

—No entiendo.

—Vivimos lejos de este pueblo de gente ingrata y chismosa, que muy bien llamaron «San Lucas de los Bajos». Nadie nos conoce allá en las quimbambas y somos hermanas.

—¡No embromes! Cuenta ¿con quién? ¿la conozco?

—Claro, fue tu amiga.

—No caigo.

—Con la rubia de ojos lindos y cuerpo de diosa y boca de...

—¿Graciela?

—Mi Graciela.

—¡Mi Dios Santo! ¿Te atreviste?

—A todo. Quien no se atreve no gana. Ya sabes mi máxima. Dime cómo sigue tu abuela.

—No ha querido hablar más. Tiene una salud de piedra, pero sin decir esta boca es mía.

—A propósito, claro.

—Sí ¿cómo lo sabes?

—Me lo dijo un caguayo.

—Julián, seguro.

—Y tú ¿cómo lo sabes? También te volviste adivina.

—Se me pegó de ti ¿De verdad que fue él?

—El mismo. Sigue enamorado de ti.

—¿Enamorado de mí? Si tú misma me dijiste sobre la traición, sobre la grosería de divulgar nuestro fallido encuentro. No entiendo.

—Yo te dije la verdad. Pero el amor es así. Cuando los hombres quieren algo, lo buscan y lo consiguen. Lo que pasa es que no maduran o tardan en la mata. Nosotras estamos podridas cuando ellos empiezan a sazonar.

Volvían a reír juntas, cabeza con cabeza.

—No lo entiendo, pero todavía siento un deseo irresistible por él que no hay forma de quitármelo de la mente. Estoy enferma de la mente. Estoy loca. Felizmente casada y pensando en otro.

—Tú estás más cuerda que las que tensan en una guitarra, y seguro das la nota cuando te pulsan manos sabedoras.

Otra vez las risas.

—Amiga Idalmis, amiga querida ¿cómo puedes estar tan segura de que él me ame, a pesar de todo?

—El séptimo sentido lo tengo yo. Huelo el amor de un hombre a la legua. El de una mujer, de más cerquita, como ahora.

Olfateó con exageración a Altagracia.

—Querrás decir el sexto sentido.

—No, tengo uno más por mi condición, recuerda eso. No te lo he dicho, pero debes suponerlo, conozco dónde les pica a las mujeres y de paso, conozco el cerebro de los hombres, si lo tienen,

lo llevan dividido. Ese es un séptimo sentido que solo nosotras, las Idalmis, poseemos.

—¿Dividido?

—Cuando la de abajo se pone brava, la de arriba no piensa. Anota eso.

—Eres una loca.

—¿Sabes que me asedian?

—¿Los hombres? ¿cómo puede ser posible? Supongo que ellos saben que tú...

—Lo saben. Y eso los excita. ¡Qué tremendos son! ¿verdad? Saben que yo sé mucho y ellos buscan aprender de mí. ¿sabías eso?

—¿Qué?

—Nosotras los enseñamos a ser hombres, a madurar, si no, se secan en el gajo.

—Eres tremenda, Idalmis, querida.

—¿Sabías a quién tu señor padre, don Pascual Gonzaga, le dio trabajo en su bodega de lujo «La Pimienta»?

—Se llama «El Laurel» la bodega de papá.

—Da igual, especias para un arroz.

—¿A quién?

—A don Julián del Río Gonzaga, alias el Bocón.

Altagracia quedó sorprendida. Iba a poner cara de sorpresa, pero entendió que su amiga no tenía necesidad de verle el rostro ni escuchar la voz titubeante, para mirarle dentro de su corazón. Prefirió callar y respondió:

—Lo iré a ver —dijo con su cara tristonera.

—Haces bien. Pecho al mal tiempo, de frente, señora Altagracia Gonzaga de Martínez. Vale la pena vivir por amor.

Los clientes que atendía Julián se marcharon y Altagracia, aunque aterrada si su padre llegaba y la veía, se paró frente a él.

—El domingo estaré sola en casa.

—¿En casa?

—En la finca, sola.

Julián no entendió de momento, y cuando estuvo cerca de sospechar de qué se trataba, ella repitió la frase:

—Estaré sola en la finca.

—¿Y eso? —se le ocurrió contestar.

Él quedó como aturcido. Altagracia le ofrecía una visión nueva de sus intenciones.

Ella caminó por la tienda como si buscara algo, y entraron dos señoras a comprar ajo y arroz. Él las atendía mientras Altagracia escribía en un papel una nota, la iba a dejar debajo de una lata de leche condensada, pero, deseaba que fuera un acto sublime, único, memorable.

En la tienda se vendían flores, Altagracia fue a un manojo de ellas y sacó una roja. Fue hacia la oficina de su padre y la dejó allí, papel y flor, el símbolo de su amor grande hacia el primo. Luego se encaminó a la salida de la bodega y se despidió con un saludo.

—Tengan buenas tardes, señoras.

—Igual para ti, hija. Me saludas a tu padre.

—¿Cómo anda tu hermanita? —preguntó la otra.

—Bien, gracias.

Salió dejando atrás un aroma crudo de deseos voluptuosos, de pasiones por estallar, de pecados por descubrir.

Él corrió al papel, si llegaba Pascual estaba perdido. Decía: «Te espero en la mañana del domingo. Poza Esperanza, Loma Blanca».

Varias veces lo leyó. No buscaba las razones de ella para citarlo, era sabido. Buscaba en su cabeza la forma de aceptarlo con audacia. Meterse en la boca del lobo ya lo había intentado una vez, y hasta dos. Siempre le resultaba atractivo meterse en problemas con las mujeres. Pero con la prima Altagracia era distinto, sentía que la amaba, que no pensaba en otra cuando estaba cerca o lejos. El asunto presentaba sus dificultades y tampoco era cuestión de miedos ni que le faltara valor para acometer como todo un valiente caballero en busca de su princesa amada.

El problema estaba centrado en la amenaza que escuchara de su señor padre, don Pascual, cuando hablaba con el padrino de ella, don Pedro Visiedo: «Quien me perjudique a la niña no hace el cuento, compadre. Yo lo mato».

Ahí radicaba el gran dilema, no disfrutaría del amor una vez que lo consiguiera, porque estaría muerto.

IX

Ella lo conducía a la perdición, al pecado de la carne prohibida. Él estuvo en la maroma de la duda, batallando con su hombría y sus deberes. Por fin decidió inmolarse, el amor valía la pena, los agravios y hasta la pena de que fuera una trampa para rechazarlo, como pago a lo que urdió y dijo a sus amigotes una vez. Él estaba enterado que ella lo sabía por boca de Idalmis, quien, a pesar de todo, le aconsejó que la recuperara.

Y estaba dispuesto a recuperarla. Debió ser él quien tomara la iniciativa, aunque, conociéndola, sabía que no lo tomaría en cuenta. Ella era superior a todo y si algo importante estaba sacrificando ella era su matrimonio ventajoso, su reputación. Él no tenía nada que perder. Sin embargo, o tal vez para apurarlo en su decisión, ocurrió un imprevisto del cual no tenía la menor idea.

El sábado en la tarde, a la bodega entró el cabo de la Policía, esperó que una mujer hiciera sus compras y fue directo a verlo. Se le pegó cuanto pudo al oído y le dijo:

—Tienes que alzarte. Ya se sabe en qué andas y posible te vengán a buscar.

Julián no se sorprendió. Él estaba metido en asuntos peligrosos de política y sabía que tarde o temprano sucedería una desgracia o, como aquella señal que recibiera de un enlace de su grupo clandestino, al que pertenecía desde un mes antes, le advertía del peligro que corría si se mantenía visible en el pueblo. El cabo no dijo más nada y se fue silbando una tonada campesina con un tabaco en su boca.

Corría 1958 y había gente alzada en los montes enfrentada al gobierno del presidente Batista. Pero le daba tiempo, acudiría a la cita y desde allí mismo se sumaría a las fuerzas rebeldes.

Se fue ese mismo sábado, en la tarde, para acudir a la cita del domingo, y desde allí alzarse. Todo lo arregló con su gente.

En la poza La Esperanza esperó. Tiró piedrecitas al agua, contó las palomas que llegaban a beber, miró a las nubes y quiso ver la figura de su amada. Buscaría un rincón cualquiera para dormir y esperar el nuevo día, el domingo que sería dulce y prometedor.

Al llegar la media noche lo tocaron por el hombro. Un campesino lo miraba desde arriba, con ojos de lechuza.

—Necesitas un caballo blanco —dijo.

—¿Para ir al pueblo?

—Para el pueblo.

Era la seña y contraseña del que lo llevaría junto a los alzados.

—Yo dije que me alzaría mañana domingo.

—No sé nada, compay. Yo te llevo ahora o no hay trato.

Julián entendió. En esos trajines o niegas o aceptas cualquier condición que impongan los que saben. Y él dependía de un jefe.

—Vamos —dijo sin deseos.

—Monta en mi yegua, está allá en el arroyo. Vas pa'riba y me esperas en la cueva que te vas a topar si sigues el trillo ese —señaló a su derecha.

No hubo más preguntas. Ni siquiera un comentario que no fuera la despedida de su deseada amada, sin palabras y sabiendo que ella podría pensar mal de él, por segunda vez. Definitiva vez.

Por la cabeza de Julián pasó al vuelo la certeza de que no la volvería ver.

Ese domingo, una hora antes de que Altagracia saliera para la poza a verse con Julián, Pepe Trueba gritó en la entrada de la hacienda.

—¿Hay alguien?

Se asomó la negra Filotea y puso el grito en el cielo. Fue corriendo al cuarto de Altagracia.

—¡Por Dios Santo, niña Altica, mira quién vino!

—¿Quién, mi negra?

—El brujo Pepe. ¡Madre del Cielo!

Altagracia se asomó a una ventana y lo vio sobre su caballo.

—Niña Altagracia, venga conmigo —pidió Pepe.

Ella no entendió de sopetón, pero, se dijo «si es brujo, sabe en lo que ando». Lo fue a ver afuera, no por descortesía, sino para evitarse la lengua de Filotea.

—No tienes que justificarse conmigo, mi niña, ni le voy a preguntar en qué anda metida porque yo lo sé.

Altagracia estaba aturdida. Todo cuanto comenzó a pensar no era sobre ella y su enojosa situación de mujer próxima a cometer un adulterio, sino, pensaba en su abuela Gertrudis si se enteraba que allí estaba su enemigo acérrimo.

—Dígame qué sucede, don Pepe.

—Venga conmigo a Loma Blanca.

Ella no lo pensó dos veces.

—Filotea —le dijo—. Atenta, si viene mi gente manda a alguien a avisarme ¿entendiste?

—Sí, mi niña Altica.

Subieron la loma en el mismo caballo. Ella, a la grupa, por primera vez disfrutó el paisaje que se abría ante sus ojos, como si fuera una magia del brujo y llegaron a la cabaña en media hora.

—Entre, mi niña. Le preparo un café.

Estuvo trajinando Pepe en la cocina, en silencio. Altagracia tuvo tiempo de sobra para escapar o decirle que la esperara, que ella tenía un compromiso y que volvería al rato.

—No se vaya, Altagracia. Salgo enseguida y le explico.

Ella quedó quieta y satisfecha. En verdad Pepe adivinaba, y podría serle de utilidad en sus proyectos, descabellados o no.

Pepe Trueba regresó con dos tazas de café y la dejó sobre la mesita del centro de la sala airada y limpia. Sobre la mesita había una orquídea.

—Es suya—dijo Pepe.

Ella la tomó, la olió y se la colocó en el ojal de su camisa de mangas largas, la que usaba para montar a caballo.

—Usted sabe lo mío —preguntó con una afirmación.

—Sí. Pero no la juzgo, seño Altagracia ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Si la rescaté es porque usted iba a ser sorprendida. Alguien vigilaba al muchacho que la esperaba y las cosas le saldrían muy mal. Aparte, lo que usted pretendía no es lo correcto, aunque no me meta yo en su vida.

Ella lo miraba curiosa. Sabía que podía confiar en él. Se atrevió:

—¿Lo abandono todo, don Pepe? ¿Es lo que debo hacer en estos momentos?

—No digo eso. Yo actué mal un día, tengo experiencia, por eso le aconsejo lo mejor para

usted.

—¿Se refiere a mi abuela?

—Sí.

—Si se amaban tanto ¿por qué no se juntó con ella, don Pepe?

—Por cobarde. Yo debí enfrentarme al padre de Gertrudis y llevármela, qué caray. Hubiera sido lo mejor. Hay dos cosas por las que puedes arrepentirte luego. Una, por haber hecho lo que no debías; y la otra, no haberlo hecho, si es que lo deseabas. Amar no es pecado, aunque parezca imposible.

—¿De qué murió doña Eulalia?

—De hambre.

—Entonces, es verdad lo que dicen.

—Hay varias hambres. La que te obliga la pobreza; la que haces para una cura, y la que te mata.

—¿A cuál se refiere usted?

—Murió cuando falté. Estuve lejos por unos días y cuando regresé, estaba muerta. Nunca quiso esperarme. Ella no estaba bien de su cabeza, creo.

—Ya entiendo.

—Hice lo correcto, creo.

—¿Qué es correcto en mi caso, dejar de desear al hombre que realmente amo?

—No, recuerda lo que dije antes. El arrepentimiento tiene dos caras.

Ella iba recordando lo que debía preguntarle, con sus prioridades.

—El vestido...

—Suyo, señor Altagracia, no tiene que devolvérmelo. Úselo usted en cuanto se encuentre con su verdadero amor, y que sea para siempre.

—Pepe. Usted tiene poderes. Yo lo necesito.

—No hago amarres, señor Altagracia. Usted tiene el mejor amarre para los hombres, su belleza natural y su corazón para darlo. El amor no es una trampa, es entrega.

—¿Debo esperar?

—No lo sé. Depende de sus apuros. Cada flor abre a su tiempo. Dele sus soles, sus aguas, su tiempo. Esté atenta a cuando abra, y ese será el día.

—Una señal. Necesito que usted me dé una señal.

—Ponga la señal usted misma. Hable con su corazón y él le dirá la señal. Póngase de acuerdo con él.

—¿Con Julián?

—No, con su corazón. Don Julián se metió al monte, con los barbudos alzados que buscan derrocar al gobierno.

—¿Al monte con los maumau?

—Con ellos, sí. Bajaré un día y se sorprenderá cuando le vea. Usted tendrá que tomar una decisión ese día, la más importante de su vida.

Ella no entendía, no tenía idea. Pero Pepe penetraba sus pensamientos, se adentraba en las ideas con anticipación. Con la magia de sus palabras la iba sometiendo, pero no a una esclavitud, sino al entendimiento maravilloso de las buenas acciones, o, al menos que no la pusiera en riesgo.

Realmente no recordaba luego cómo llegó a la hacienda Los Horcones. Todo le parecía confuso, aunque maravilloso. Como cuando despierta alguien de un sueño y aparece en su cama, no donde debía estar ¿de qué forma llegaba a sentir esa sensación de traslado? Supuso, de primer momento, que había tenido un sueño, luego vio la orquídea en la mesita y lo entendió todo. Un

maravilloso sueño con los ojos abiertos. ¿Qué había bebido en el café que la transformó en otra persona y la llevó tan rápido a su hogar?

El yipi de su padre entró por el portón y ella escuchó a su abuelo diciendo que todo había salido bien.

—Dile a mi hija que nos vemos mañana —dijo su padre Pascual—. Mañana regreso con el doctor.

El motor rugió y se fue alejando. Miró el reloj: las seis y media de la tarde. Escuchó los pasos que se acercaban al cuarto y se quedó en la misma posición, sin moverse. Cuando tocaron a la puerta no dijo nada, como si estuviera profundamente dormida. Abrieron, se acercó a ella la abuela y le dijo al oído:

—Hablo, pero solo contigo.

Se quedó quieta. Contenta y quieta, como debe ser la felicidad, un estado sobrenatural de dulzura y apaciguamiento.

Al otro día fue a desayunar con alegría y se sentaron juntas. Se miraban y entendieron que hablarían sin que nadie las viera, ni las sirvientas, mucho menos la enredadora de Filotea. Se les veía felices, pero quietas. Cuando terminaron, Altagracia invitó a la abuela a salir, a darle de comer al patio de gallinas coloradas del abuelo Sebastián.

Cada una tomó una lata llena de maíz. Echaban los granos y alegres estaban en la tarea cuando la abuela habló, muy bajito.

—Fuiste a verlo.

—¿A quién? —recapacitó—. ¿Por la orquídea? Sí, lo fui a ver y hablamos mucho.

—¿De qué hablaste?

—Hablamos, abuela. Por supuesto, de ti. Supe de su amor por usted y su cobardía al no llevarla con él. ¡Ay, abuela, qué romántico eso de escapar por la ventana con la luz de la luna y con el hombre de mis sueños!

Gertrudis sonrió.

—Abuela, quisiera tener un hijo. No por gusto ni porque es obligación de las mujeres. Solo para olvidar al hombre que amo.

Gertrudis cambió el semblante. No le agradaba escuchar que su nieta estuviera sufriendo por un hombre. La miró con lástima y con sus ojos le preguntó. Altagracia continuó:

—Estoy atravesando el camino angustioso por donde transitó usted, un día que le supo amargo. No es fácil para una mujer este calvario. ¿Lo aprueba?

La abuela meneó la cabeza y no se entendía si estaba afirmando o negando.

—Diga algo.

—Algo.

Rieron mucho, tanto, que la negra Filotea asomó sus ojos negros rastreadores a la ventana de la cocina. Vio que ambas se sentaban en el tronco tumbado del cedro, vio o supuso ver que la anciana movía sus labios. «¡Por Dios, habla la Gertrudis!», se dijo con la sabrosura del espionaje en los labios. Intrigada quiso averiguar y bajó los escalones hacia el patio largo que terminaba atravesado por el arroyo. Las encontró en silencio de confabulación, con risitas de contenturas que hacía mucho no disfrutaban. Ellas no se sorprendieron con la presencia de la negra, quien siempre andaba buscando información.

—Oiga doña Gertrudis —dijo Filotea—, anda buscando un aire. Mejor entramos.

—Déjala, Filotea, mi abuelita se encuentra bien conmigo y con su buena salud no existe

enfermedad que le entre.

Filotea se santiguó.

—Jesús, María y José. Mire arriba, si cae esa agua y se moja...

—Yo me ocupo, Filotea. Vete tranquila.

—Bueno, Altica, después que no diga el señor que yo no les dije nada. Me queda la conciencia limpia. Allá ustedes.

—Vete tranquila Filotea. Ella se queda conmigo.

Esa tarde, como lo fuera desde hacía mucho tiempo en el pasado luminoso de la hacienda Los Horcones, vivieron momentos felices la nieta y la abuela.

X

EN el mes de enero de 1959, triunfaron los barbudos alzados en los montes. Estaba Altagracia escuchando la noticia en la radio. Habían llegado a la capital los triunfadores y todos andaban contentos y demostrando su adhesión a la causa. El esposo, don Desiderio Ramón, aguijonado por la noticia, se le acercó, y besándola en el cuello le susurró:

—Vamos al arroyo.

—¿A pasear? —preguntó ella, contenta.

—A bañarnos.

La felicidad, al parecer, había llegado al matrimonio junto con los rebeldes armados que estaban festejando el triunfo. Altagracia y Desiderio habían caído en la rutina y él no daba muestras de quererla, y las atenciones hacia ella cesaron un día que ni siquiera recordaba. Parecía que todo cambiaría con la llegada del nuevo año.

Un pariente de la abuela, Herminio, llegó esa mañana gritando, eufórico:

¡Jesucristo, prima Gertrudis, Jesucristo bajó del Cielo!

—Esto pinta mal —dijo el abuelo Sebastián, quien escuchaba todas las noches las noticias extranjeras—. Esta gente se lo quita todo a los que tienen y lo reparte entre los que no tienen.

—¡Abuelo, eso es justicia!

—Justicia —desdeñó el abuelo—. Estamos perdidos si imparten justicia dándoles a unos lo que tienen otros. Ahorita la cosa se pone mala. Ya se lo dije al doctor, vete con la nieta a dónde tengan futuro, aquí la cosa se pone prieta.

—¡Jesucristo, abuelo Sebastián, Jesucristo!

Desiderio y Altagracia escuchaban atentos. Se fueron a relajar al arroyo. En la poza La Esperanza ella concebiría su primer hijo que los salvaría del desastre de sus malos pensamientos. Intentaría amarlo de nuevo, y si no era posible ciento por ciento, al menos un hijo los uniría otra vez.

En el arroyo, él se acostó en la piedra grande y plana y pulida, boca arriba, con la camisa abierta y las manos de almohadas. Ella puso su cabeza en el pecho lampiño y recio y sintió su corazón agitado. Corría el corazón, como el primer día en que estuvieron solos, desnudos, uno pegado al otro y ninguno de los dos supo qué hacer a continuación. «¿Nunca estuviste con una mujer?», preguntó ella. «No. Eres la primera». Con razón no sabía cómo comportarse. Se llevaron por sus instintos, sus ganas. Fue un verdadero desastre los intentos de ella para satisfacerlo y satisfacerse, y se quedó con todos los deseos que tenía en mente, que imaginaba como el momento esperado de lograr la felicidad plena.

Pero, ella era quien era, y entendió que la primera vez resultaba siempre un caos de la pareja contrariada por la castidad. Se equivocaba. Los días venideros empeoraron y ella quedaba igual. Él era potente y sexual, pero la dejaba igual ¿qué le pasaba? Al cabo del tiempo se conformó y fueron apareciendo los síntomas del aburrimiento y apareció de nuevo su primer amor, el que deseaba con tanta fuerza. Y llegaban unos días de conflictos armados y se iba él para el monte y la dejaba con las ganas de entregarse total.

—Vamos a bañarnos —dijo ella—, desnudos.

—No ahora. En realidad, te traje hasta aquí para decirte algo importante, a solas.

Altagracia esperó lo peor. «Otra mujer, seguro», pensó. «Por eso la frialdad y las pocas ganas de hacer el amor y los misterios y las ausencias prolongadas sin justificación».

—Tienes a otra. —afirmó.

—No, no es eso.

—Entonces, no te pongas serio, relájate y disfruta el momento. La vida es una sola y tenemos que sacarle lo mejor que tenga, que lo malo entra sin permiso.

Lo fue desnudando, muy despacio, poniendo atención en que sus manos rozaran, en cada movimiento, la parte que le gustaba más de aquel, su marido. Y a pesar de la distancia que los había separado, hacía por detenerla, seguía con el poder de entusiasmarla, de convertirlo en su príncipe azul.

Él comenzó a sentirse bien. Las manos y la boca de su mujer hacían todo el trabajo, solo era cuestión de dejarse hacer, de cerrar los ojos y dejarse hacer. Ambos iban sintiendo el placer de ir descubriendo los rincones que siempre estuvieron presentes, a la mano, y nunca emprendieron una aventura amorosa para saborearlo.

Le tocó el turno a Desiderio y comenzó a desnudarla, también despacio y con besos calientes: en su cara blanca, sus labios pulposos, su pelo negro en rizos, el cuello apetecible, los pechos abultados, el ombligo asomado al borde de una piel suave, los muslos gruesos y hasta los pies de uñas pintadas con el color de la boca. A cada beso un brinco de placer de Altagracia ¿Cómo no lo hizo antes con esa maestría de hombre de la vida? ¿acaso hacía falta una posible separación para demostrar lo que sentía por ella?

Los dos estaban aturridos, jadeantes. Acababan de hacer lo que nunca se permitieron, dejarse llevar, disfrutarlo todo, besarse hasta el cansancio, y hasta el último aliento.

Un cotunto cantó y las palomas que llegaban a beber agua volaron asustadas y el viento y la luz fueron testigos de que, incluso con un amor casi acabado, con la frialdad de un amor debilitado, la pasión y los deseos tienen un importante papel en la pareja.

Aunque, como ese momento sublime y encantador ha de pasar en algún momento, llegó la penosa situación del final. Para ella inesperado, para él previsto y elaborado al detalle.

—Amor, tengo algo que decirte.

—Dilo. Ahora estoy dispuesta a todo.

—El asunto es que planeo irnos del país.

Altagracia se separó con un suave, pero poderoso impulso de dejarlo con la palabra en la boca. No entendía.

—¿Qué dices?

—Irnos al norte. La situación empeora y los americanos del hospital me invitan a salir con ellos. Me proponen un mejor salario y muchas ventajas. ¿Qué crees?

Ella no contestaría a tal propuesta que sentía descabellada. Cuando lograban entenderse mejor, acoplar por primera vez, proponía dejarlo todo.

—Allá podemos empezar de nuevo.

Dejar a sus abuelos, a su padre. Nunca se le hubiera ocurrido. El éxodo, el abandono de la familia.

—Todo saldrá bien, querida. Si no quieres irte ahora, puedo sacarte luego, cuando yo tenga todo listo a donde voy.

Vestirse fue una respuesta sin pensarlo dos veces. Salir como corriendo de aquel lugar donde sintiera la felicidad por primera vez y por última, si es que él se mantenía en sus trece, la llevaría a la cama y allí llorar con desesperación.

La abuela la escuchó llegar, con sollozos de colegiala, y le tocó a la puerta.

Altagracia supo que era ella, sus nudillos golpeaban distinto, como su voz era un susurro, aunque potente. Desde que era una niña la abuela golpeaba con la delicadeza de quien respeta la intimidad de las personas. No abrió, se dejó llevar por el dolor que le causara el marido, y sollozando sin parar se quedó dormida. Como si dormirse fuera un estado de letargo que oprimiría los dolores y dejara anestesiada su alma.

«Apareció Julián ante ella, sin tocar a la puerta. La despertó con caricias y le dijo: «Te vengo a buscar». Ella reaccionó: «Julián, mi amor primero y único eres tú. Pero no puedo traicionar a mi esposo. Tú debes comprender. Vete». «Yo te amo, siempre te amé, en silencio. No puedo abandonarte ahora que me necesitas». Ella lo rechazaba con palabras que no deseaba pronunciar: «No puedo corresponderte. Por ti siento un fuego que nunca se podrá apagar, pero es un amor imposible. Me debo a él, aunque nunca logre la felicidad». Julián no cejaba: «Él se irá lejos, se volverá recuerdos, solo tú y yo quedamos en el mundo real». Ella lo rechazaba: «Lo mejor para los dos es despedirnos. Viajaré con él al norte, muy pronto». Julián la besó en la frente y dijo: «Hagamos el amor. Altagracia de mi alma, antes de que te vayas para siempre, hagamos el amor».

«Y lo hicieron, con todos los deseos acumulados. Sobre la cama, en el suelo, en todas las partes posibles. Una y otra vez lo hicieron y con la maestría que siempre supuso en él, hombre de mundo, que sabe tocar, que conoce todo de las mujeres, que penetró en ella como si la buscara por dentro. Pero, los besos volvieron a saberle a hierro oxidado. Igual al chorrillo de agua del tanque del abuelo».

Los toques fuertes en la puerta la despertaron. No eran de la abuela Gertrudis.

—Altagracia, mi amor, ábreme.

Despertó con un agrio en la boca. Estaba contrariada y estaba segura de que no había sido un sueño y miró a todas partes en busca de su amor prohibido, fantasmal. Al fin la venció la realidad. Sin embargo, no estaba dispuesta a someterse a un capricho de su marido, no, a empezar de nuevo en un país extraño si allí en la poza saboreó por primera vez un estado de rebosante dicha.

—No quiero —dijo y se tapó con la almohada.

—Abre. Yo te explico.

Abrió. Desiderio entró con el corazón en la mano. No sabía por dónde empezar.

—Perdóname —dijo—. No supe explicarte. Es que estoy obligado, por un contrato con ellos. Me tienen casa y trabajo allá donde vayamos. Entiende mi situación.

—La entiendo. Ahora debes entender la mía. No abandonaré a mi abuela ahora que tanto me necesita. Tú no tienes a nadie acá, los tuyos están en el norte. Ve y los encuentras y que sean felices, sin mí.

—No es lo correcto. La mujer debe seguir al hombre, a donde quiera que vaya. Recuerda: «en las buenas y en las malas».

Ella era decidida y en esos momentos recordaba a su amiga Idalmis «al pan, pan...».

—Lo haría, irme contigo, pero no te amo.

Lo dijo como si nada. Ella misma no sospechaba que tendría tanto valor para decirlo de una vez. Entonces ¿qué era lo que sentía por él? ¿Estaba realmente dispuesta a perder su matrimonio?

Desiderio Ramón quedó en suspenso. Jamás esperó una confesión tan brutal, sin una pizca de piedad. No dijo nada y salió del cuarto. En la sala estaban todos. Se paró delante del suegro. Pascual lo miraba sin saber qué decir. Lo habían escuchado en su conversación, todos los allí

reunidos.

—Suegro ¿usted qué dice?

—Nada, hijo. Ella decide su vida. Y si yo fuera a opinar, la apoyo, y si a decidir, haría lo mismo que ella. Todos nos vamos, juntos, sin dejar a nadie abandonado. La separación es cruel, sobre todo para nosotros.

Desiderio buscó las miradas de los otros. La abuela Gertrudis bajó la suya; la madrastra, Agustina, lo miró con tristeza; el abuelo Sebastián habló por todos.

—Yo vine de España cuando tenía los catorce. Nunca más supe de mi familia. No quiero pasar por lo mismo. Nunca entenderás ese dolor. La separación de la familia es un dolor muy grande, grande.

Allí quedó la familia Gonzaga en la hacienda Los Horcones. La salida del doctor fue rápida y en los primeros meses llegaban las cartas con buenas noticias, con saludos y besos. Hasta que un desdichado día, cesaron. Solo el abuelo supo por qué no escribía más y miraba a la abuela con suspicacia cuando tocaban el tema y ella comprendía y solo decía que sí con la cabeza y viraba sus ojos para que la nieta no supiera la verdad. «Ya goza de otro amor, en el norte», decía para dentro la abuela.

La distancia, esa perniciosa malévol y embaucadora diosa, una vez más, obraba sus estragos. No se lo dijeron a la nieta, ni lo insinuaron siquiera, aunque Altagracia lo intuía y en el fondo se alegraba.

Se le veía feliz, jugaba con su niño y jamás dijo el nombre del padre. Desiderio Ramón fue sepultado en el olvido. Era libre ella de comenzar una nueva vida, aunque fuera de madre soltera. Su hijo Javier Antonio Desiderio, tenía un año y seis meses de nacido y era saludable e inquieto, «como una bijirita», decía el abuelo.

Un día que parecía apacible, aunque la amenaza de una guerra estaba en todas partes, anunciaron que el gobierno intervendría todos los negocios grandes y medianos. Comenzarían con las grandes industrias extranjeras y las tierras que llamaban de los latifundistas.

Los Gonzaga no eran latifundistas, pero cayeron en el bulto de la intervención al cumplimiento de una ley que llamaron de La Reforma.

Amaneció un día lluvioso de octubre, con un ciclón amenazando entrar a tierras orientales de la Isla. Los golpes de culatas de armas largas en la puerta de la casa alarmaron a los residentes. Sebastián y Gertrudis estaban levantados y fueron a ver lo que sucedía. Eran tres hombres armados, vestidos de verde, y uno de ellos, que parecía el jefe, les dijo:

—Intervención de la propiedad. Queda todo como está y que no se mueva nadie.

—¿Y para dónde nos vamos a mover, hijo, si vivimos aquí? —preguntó el abuelo.

—Es un decir, mi viejo. Vamos a hacer una intervención y requerimos que no toquen nada de la propiedad, ni gallinas ni puercos ni ningún animal que tengan en el patio.

Se llevaban todo. Fue la amenaza que recibieron de los interventores, quienes no quisieron probar bocado alguno de las cocineras de la hacienda y les traían comida de alguna parte central desconocida a los dos vigilantes permanentes. Llovía a cántaros y el ciclón entró por donde amenazó. La hacienda se llenó de vecinos por ser la más fuerte y grande, capaz de albergar a cien personas cómodamente.

Pasada las tormentas de aguas y alejado el ciclón, que no dejó estragos en la zona por ser montañosa, las familias refugiadas regresaron a sus casas y continuó el allanamiento.

Se enumeraba animales y objetos varios, arado, yuntas, instrumentos de labranza, todo. Llenaban papeles y más papeles, siempre con la supervisión de un responsable de los alrededores que se hacía llamar «compañero Juanito».

Cuando estuvieron listos. Ya terminada su labor de resquicio y apuntes, se llevaban con ellos el yip Willy, y varios animales, llegó un camión con algunos soldados mal vestidos y peor semblante, cansados de dar vueltas bajo la lluvia y con un hambre de días. Un barbudo de mayor rango entre todos los que había, se bajó. Era capitán y les ordenó:

—Detengan el decomiso. Esta familia es buena gente y esos animales son de la casa, no de un negocio. El yip Willy es particular y nada tiene que ver con las tierras que fueron apropiadas por el pueblo.

—¿Y los papeles? —preguntó uno.

—Si ya todo está escrito se van y esto se acabó aquí. Que el señor Pascual y el abuelo Sebastián se van con ustedes tres al pueblo para que firmen los documentos de la intervención de las tierras, el tractor y otros animales mayores. Yo me quedo a asegurar que todo marche bien.

Se fueron Sebastián y Pascual con los interventores, en el mismo yipi Willy de la familia. Quedó el oficial de las barbas largas, de espejuelos oscuros, sombrero de vaquero y pistola al cinto. Fungía como capitán del ejército de los verdes y al parecer daba las órdenes. Solo la abuela, cuando lo miró bien de cerca, dijo:

—Juliancito, mijo ¿eres tú?

—Yo mismo, abuela Gertrudis. Julián Clemente ¿Dónde está su nieta Altagracia?

La abuela le señaló adentro y dijo:

—Tiene un hijo.

Julián se puso serio y se disculpó:

—Bueno Gertrudis, qué bueno verla con salud. Le da mis saludos. Adiós.

Fue hacia el camión que lo había traído. Saludó con la mano un adiós triste. La abuela, antes de entrar dijo, poniendo sus manos de bocina:

—¡Ella es madre soltera!

Entró de inmediato a la casa e iba gritando:

—Altagracia, hija, es Julián. ¡Corre!

Altagracia escuchó el nombre. No podía creerlo. Buscó en el armario su vestido de flores que le regalara don Pepe Trueba. Se lo puso casi sin ponerle atención a lo que hacía, y corrió afuera. Pasó junto a la abuela y a su hijo Javier, que la miraba asombrado. Ella regresó y le plantó un beso.

—Abuela —dijo con los ojos nublados—, ahora sí que llegó Jesucristo.

Allí estaba él, Julián, un capitán del ejército que representaba un nuevo gobierno. Él se bajó del camión y fue a su encuentro.

Vestía un uniforme militar verde; traía un sombrero y espejuelos oscuros que se quitó para verla mejor. Su barba era enredada y larga. Sus pasos hacia ella los daba firme. Pero caminaba sin desesperarse, con la calma de quien tiene la seguridad de pertenecer y de que le pertenezcan. Entrega y recibimiento, el amor verdadero.

Altagracia esperó con la tranquilidad de haber encontrado lo que buscaba y lo tenía al frente, al alcance de la mano, de sus deseos y de sus planes venideros.

Se miraron unos segundos, frente a frente. No hubo necesidad de explicaciones ni de pronunciar palabras de regocijo ni aliento. Se abrazaron y unieron sus labios en un gran y rotundo beso amoroso. Un beso largo y ardiente que les supo a la jugosa dulzura de la dicha.

